

INTRODUCCIÓN AL URBANISMO

Título original **INTRODUCTION A L'URBANISME**

Marcel Poëte

Éditions Boivin

Paris, 1929

Traducción: Oscar Bragos – Fabián Gamba – Silvina Pontoni (Taller de Urbanismo Prof. Titular Oscar Bragos) - 2008

Aclaración:

Las notas a pie de página y los términos entre corchetes son notas agregadas por la traducción.

Los términos en *itálica* son términos del original en francés.

Los términos entre comillas figuran así en el original en francés.

PRÓLOGO

El presente volumen reporta una parte de la enseñanza que hago en el Instituto de Urbanismo desde 1919 y que engloba la evolución de las ciudades, desde la antigüedad a nuestros días. En esta enseñanza, consagrada a una ciencia que se ha creado, mis esfuerzos apuntan al establecimiento de un método y de una doctrina.

Las páginas que siguen contienen la indicación de ese método y la exposición de esa doctrina. Ellas conducen, además, a la lectura, que parte del lejano Egipto faraónico, hasta los tiempos helénico-romanos, donde se disciernen los primeros trazados de la ciudad moderna. Se encontrará aquí, la aplicación de los principios a las ciudades en general que, en otra obra¹, me sirvieron de guía en el estudio de París a través de los tiempos.

M.P.

¹ *Une Vie de Cité. Paris de sa naissance à nos jours* (Paris, Aug. Picard, 1924-1927, tomes I et II et álbum, in-8º)
[nota a pie de página en el original en francés]

CAPÍTULO I

LAS CIENCIAS DE LAS CIUDADES, SUS PRINCIPIOS.

NACIMIENTO Y DESARROLLO DE LA CIUDAD

Las leyes del 14 de marzo de 1919² y del 19 de julio de 1924 son prescriptas a las ciudades francesas para establecer un plan de ordenamiento y de extensión; dicho de otro modo, es un plan para la adaptación de cada ciudad a sus necesidades actuales y futuras. Uno puede asombrarse que nuestra legislación haya llegado tan tarde a consagrar aquello que, sin embargo, parece ser un principio esencial de método. De hecho, podríamos citar para París, los ejemplos de planes de esta índole, después del reinado de Enrique II, hasta Napoleón III. Por más que sea, el establecimiento de esos planes necesita el conocimiento del organismo urbano e introducirse en esto que hemos acordado en llamar el urbanismo, a la vez ciencia y arte, pues así la técnica del arquitecto o del ingeniero debe intervenir solamente sobre la base de datos propiamente científicos, relativos a disciplinas diversas: económicas, geográficas, históricas y otras. Limitar el urbanismo al arte de trazar los planos sería librar el destino de las ciudades a puros conceptos lineales que requieren que acá, sea diseñando el centro cívico o al *zoning*³ que introduce el orden de las localizaciones, que por otra parte se añadan los espacios verdes del sistema de parques, etc. Estos conceptos han hecho que, el principal esfuerzo del técnico urbanista, apunte muy a menudo sobre sus barrios suntuosos, cuando debería estar dirigido a las localizaciones populares donde, según las lecciones que nosotros extrajimos del estudio del pasado, se encuentra el porvenir de la ciudad.

Hablaré de la ciencia de ciudades. Esta habla sobre las condiciones y las manifestaciones de la existencia y del desarrollo de las ciudades. Es una ciencia de observación. Se sustenta en hechos bien constatables, que comparamos unos con otros con el fin de clasificarlos, luego de poner de manifiesto, sino las leyes –la palabra es muy fuerte aplicada a los fenómenos humanos– al menos algunos datos generales. El hecho a observar es lo que llamaré el hecho urbano; es decir, el hecho revelado del estado del organismo urbano. La observación debe ser lo más directa posible. La estadística constituye un modo directo de observación, pero que casi no hemos podido utilizar hasta comienzos del siglo XIX. En lo que concierne al pasado, la regla que se viene enunciando exige que uno se sitúe, en primer lugar, en lo que puede permanecer de la población antigua; además, lo que hacemos es conocer a esta última; es decir, los documentos epigráficos para la antigüedad y las piezas de archivos para los tiempos posteriores, los planes, que numerosos aparecen a partir del siglo XVI, y los proyectos, que abundan a partir del siglo XVII, las crónicas, memorias o historias, las descripciones de ciudades, relatos de viajeros o guías, los tratados didácticos como La Arquitectura de Vitruvio o los de los agrimensores; en fin, las obras literarias propiamente dichas, como La Ilíada, evocadora de Troya, la comedia de Aristófanes o la poesía de Horacio que nos hacen vivir en Atenas o en

² Se trata de la ley conocida con el nombre de “Ley Cornudet”, que establece para las ciudades francesas la obligatoriedad de contar con un plan de ordenamiento urbano.

³ Zonificación, instrumento puesto en práctica por primera vez en las ciudades alemanas hacia fines del siglo XIX que define la distribución de los usos del suelo en la ciudad, adjudicando en su interior un lugar específico a cada actividad.

Roma; los himnos marciales, que nos dan una imagen significativa de París hacia el año 1200.

Podemos ver que las ciudades, distintas unas de otras, se suceden de acuerdo con la misma perspectiva; así, en Troya, donde le contamos nueve aglomeraciones sucesivas, de las cuales la sexta es la Troya homérica. Pero, a excepción de este caso en particular, hay continuidad en la vida de la ciudad. La Roma antigua se continúa en la Roma papal, a quien continúa la capital de la Italia unificada. Constantinopla pasó por el estadio de la colonia griega, de la ciudad romano-bizantina y de la ciudad turca. No separaríamos el París actual de aquella del bajo imperio romano del cual procede. Es lo que llamamos comúnmente el viejo París que, por el contrario, es un París joven en relación con el de nuestros días. Para resumir, la ciudad, si así puedo decirlo, es un producto humano colectivo que evoluciona a través de los años, se modifica, se desenvuelve o declina y muere.

Semejante ciudad como Venecia, que tuvo un pasado magnífico, hoy no es más que la sombra de sí misma. *Bruges la Morte*⁴ es otro ejemplo de ese destino. ¡Y qué de las ciudades que antiguamente brillaban con intenso resplandor y hoy duermen sus últimos sueños sobre la paz de los desiertos! Su agonía, que podemos a veces seguir en la degeneración orgánica que se manifiesta y en el vacío urbano en el cual los defectos se multiplican, hace surgir ante nuestros ojos la bella imagen del poeta antiguo sobre las "lágrimas de cosas". Incluso, las ciudades, con retraso considerable, han perdido sin embargo su preeminencia de antaño. Amberes es, por cierto, un poderoso centro comercial, sin embargo no es más la metrópolis del comercio mundial como lo fue en el siglo XVI,. Al contrario, Londres, para esa fecha, era poca cosa comparada a lo que fue luego, sobre todo después del siglo XVIII. Para remontarnos a la antigüedad, ¡cual prodigioso desarrollo el de Roma, si comparamos la ciudad-estado de los primeros años con la otra que, bajo el imperio, se identifica con el mundo todo! Cada ciudad debe tener su curva propia, que torna visible su evolución.

La ciudad es un ser siempre vivo que tenemos que estudiar en su pasado, de modo de poder entender el grado de su evolución. Un ser que vive sobre la tierra y de la tierra, lo que significa que a los datos históricos se deben unir los datos geográficos, geológicos y económicos. Y con esto no se dice que el conocimiento del pasado no tenga una utilidad práctica. El simple estudio de las condiciones y manifestaciones actuales de existencia de la ciudad es insuficiente, porque si faltan puntos comparativos de referencia al pasado, no podemos orientarnos en dirección al futuro. Todo tiene que ver con todo. La fisonomía de una ciudad expresa su carácter. Y en esta, los rasgos económicos sirven para explicar los rasgos sociales, igual que estos últimos están ligados a los rasgos políticos o administrativos. ¡Qué diferencia de aspecto entre la ciudad antigua del déspota oriental, como Khorsabad en Asiria o Ecbatana en Media, y la ciudad democrática del antiguo mundo griego! Por otra parte, ¡Qué diferencia entre este último y el nido del águila del rey feudal micénico! ¿No es esto el carácter que transparenta a nuestros ojos las formas que reviste la ciudad llamada del monarca, considerada indiferentemente en los tiempos helenísticos, en la Roma imperial o en la ciudad clásica salida del Renacimiento? Una ciudad donde reina la pequeña industria dispersa no tiene el mismo aspecto que aquella donde domina la gran industria concentrada. Oxford, Évian, Interlaken,

⁴ El autor alude al libro del mismo título del autor belga Georges Rodenbach (1892) donde se da cuenta de la decadencia de la ciudad de Brujas.

Lourdes, ciudades de estudios, de balnearios, de turismo, de peregrinaje, tienen rasgos que le son propios.

Así pues, la ciudad es la expresión de un cierto estadio de civilización, y de civilización ya avanzada. Hay civilizaciones más propiamente de ciudades, como aquellas que representan la Grecia y el mundo romano en la antigüedad, o los Estados Unidos de nuestros días. Para asistir al nacimiento de la ciudad tenemos que remontarnos al origen de los establecimientos humanos. Todo procede para el hombre de las necesidades –necesidades de alimento, de abrigo, de sociedad, etc.–. Ahora bien, estas necesidades, si bien son limitadas en el sentido que no falte al hombre una cierta cantidad de cualquier cosa, resultan ser ilimitadas en número; su multiplicación indefinida constituye lo que llamamos el progreso. La civilización considerada desde un punto de vista material, es el resultado de la utilización progresiva, y cada vez más perfeccionada, de la naturaleza por el hombre; utilización que, a medida que esta se desarrolla, crea en la casa del hombre necesidades cada vez más numerosas. Y cuanto más se crece en número, más los vínculos se afianzan entre los hombres, pues, para satisfacerlas, la ayuda mutua se impone. Tal es la explicación económica de la ciudad y de su evolución. La ciudad es un modo de adaptación humana a las necesidades, nacidas de la conquista progresiva de la naturaleza por el hombre. Los conocimientos se desarrollan, suscitan los descubrimientos sucesivos de la ciencia, que encuentran su aplicación en la vida corriente. La industria se transforma y en su recorrido transforma la existencia humana. Partiendo de lejanos puestos de la edad de piedra, llegaremos, en efecto, a un acercamiento cada vez más estrecho que habrá creado entre los hombres la necesidad de satisfacer sus múltiples necesidades, en la gran ciudad contemporánea. Esta ve acelerado su crecimiento en el momento mismo en que se manifiestan los inconvenientes de la concentración urbana. Esto hace al progreso incesante de la ciencia y de la técnica y que aproxima a los hombres para gozar de ventajas comunes, en la medida en que esos mismos progresos, por la reducción cada vez mayor de las distancias, les permiten vivir más alejados los unos de los otros, sin perder el beneficio de esas ventajas.

La necesidad hace mover al hombre primitivo a través de la naturaleza misteriosa, en los espacios donde los obstáculos de la circulación son más escasos, como sobre las planicies que extienden a lo lejos su suelo firme y no tanto en el bosque inmenso que se enmaraña en una multiplicidad de ramas. Tierras extendidas hasta perder de vista el amontonamiento de su vegetación, a la vez alejadas de montañas y de tierras bajas y relativamente fáciles para cultivar, corredores entre las alturas, cursos de agua, con bordes pantanosos y desbordantes de vida vegetal y animal que pueden parecer infranqueables en un principio, atrajeron el paso de los hombres. En su marcha en pequeños grupos, descubren un sitio favorable y se instalan. Así, los primeros establecimientos –en verdad inestables, porque es la vida nómada en el misterio de la naturaleza– se suscita por un doble hecho: económico y geográfico. El nomadismo conduce al hombre por la vía natural de recorrer, al sitio del suelo apropiado para satisfacer sus necesidades, para conseguir alimentos y bebidas o abrigo o también de las herramientas y armas que les provee el sílex, que abunda especialmente en los bordes de cursos de agua y que ellos afilan rudimentariamente para su uso como armas.

Ríos o afluentes ven sus aguas encausarse aquí y allá en un paisaje humano, por ejemplo en algunos lugares donde una o varias islas facilitan el recorrido, así por ejemplo en París. Esas ciudades nacen de un vado o, como Londres y Ruán, cerca de

la desembocadura de un río, en el sitio mismo donde ha dejado de ser sumiso a las influencias marítimas, pudiendo ser atravesado más fácilmente. Una ciudad se asienta, como Douai sobre el río Scarpe, en el punto donde el curso de agua deviene navegable y donde, en consecuencia, un cambio se produce en los medios de transporte, o bien, como en Orleáns sobre el Loira, en el sitio donde cambia bruscamente de dirección, suscitando así un movimiento de circulación terrestre. Donde el manantial se ofrece, el hombre también se detiene y se asienta, habiendo encontrado cómo satisfacer su necesidad de agua. Innumerables son las aglomeraciones que no tienen otro origen que este. Los populosos barrios de Belleville, en París, conformaron primitivamente un caserío que el manantial en el nivel de las margas⁵ verdes, hizo nacer en el bosque que coronaba esas alturas.

Por su naturaleza, las tierras tienden rápido a ser humanizadas, tal como las laderas de los bordes del Sena, como Belleville, Chaillot y la Montagne-Sainte-Genève, en el panorama parisino, y donde, como consecuencia de los variados trabajos de la erosión, algunos lechos geológicos diferentes afloran en la zona, permitiendo tener, en el bajo, a los prados y luego, sucesivamente en las alturas, los campos y los viñedos y, por último, en la cumbre, los bosques. Esta variedad de producción se llama el hábitat. La franja de tierra que se extiende al pie de las cadenas montañosas del Asia Occidental, apropiada para el cultivo a la vez que propicia para el progreso, ha jugado su rol en la civilización urbana de aquella región.

En definitiva, en la ciudad todo se reduce en una condensación de habitantes. Ahora bien, la agricultura ha sido, por excelencia, el elemento original de concentración que permitió, por los recursos alimentarios sacados del suelo, que los grupos humanos, más compactos que los del nomadismo primitivo, pudieran vivir en un punto fijo. El cultivo de los cereales, al que se agrega la domesticación de animales en la era de la piedra pulida, se oponen a las tendencias a la vida errante, resultado de una existencia únicamente asegurada por la caza, la pesca y la recolección de productos naturales del suelo. Sin duda, la agricultura de los primeros tiempos, en su forma rudimentaria, que agota la tierra, no obtiene todo indefinidamente, como la nuestra, de un mismo suelo; ello obliga, una vez agotado el suelo, a buscar otro lugar. Un progreso inmenso como este no ha sido jamás realizado. Las cosechas, los animales domésticos, dan a la morada humana más importancia, más asiento y, porque ellos despiertan codicias, contribuyen a acercar a los hombres, en vistas de la defensa. Al mismo tiempo, los hombres consiguen, de sus nuevas condiciones de vida, un mejor pasar que se traduce en un aumento de la población. En contacto con países de naturaleza o de producción diferentes, aparecen los puntos de intercambio entre los hombres, el germen de futuras ciudades.

El sitio defensivo, donde nace una aglomeración, es la altura, tal como lo fue en Troya, como la Acrópolis para Atenas y las colinas de los bordes del Tíber para Roma. Es esto lo que, en una ciudad compuesta, se llama la ciudad alta como en Carcasona; son las laderas escarpadas de la colina Fourvière en Lyon o la Ginebra montañosa de la ribera izquierda del Ródano. Es una isla extendida en un río tal como la isla de la Cité, cuna de París; o una península que termina en un peñasco, como aquella que forma el río Doubs en Besançon, u otras al borde del mediterráneo y escogidas por los fenicios o los griegos para establecer una colonia, entrando en la categoría de emplazamientos defensivos. Ahora bien, tales emplazamientos son generalmente

⁵ Tipo de roca.

anormales. La elección de una altura de acceso difícil, de un nivel exiguo, de una isla estrecha y expuesta a inundaciones del río que bordea, no se explica sino porque el hombre es un lobo para el hombre. Más precisamente porque la inseguridad reinante determina el nacimiento de agrupaciones humanas en los puntos donde una muralla viene a reforzar el carácter defensivo natural, un terreno favorable se ofrece a la eclosión de esta flor humana: la solidaridad. ¿Quién dirá todo lo que la vida colectiva le debe a la protección de las murallas? Con la vía de paso, a lo largo de la cual se perfila su masa protectora, la ciudad se puede explicar esencialmente.

A decir verdad, el camino atrae y detiene al hombre. Tucídides⁶ remarca que las más antiguas ciudades no se establecen en el borde del mar a causa del peligro de la piratería. El peñón de la Acrópolis, sobre el cual Atenas nació, está a cinco kilómetros aproximadamente del mar. Las costas marítimas, en los sitios donde los barcos encuentran fácilmente un refugio o hacia las desembocaduras fluviales, ofrecen por lo tanto, lugares de elección que los hombres no tardarán en adoptar para establecerse. Por lo tanto, el mar es la gran vía por excelencia. De esta manera, el rol que juega hará comprender el destino de Troya que, desde lo alto del espolón rocoso de Hissarlik⁷, domina el pasaje de los estrechos. Bizancio debe a esos mismos estrechos su nacimiento. El camino interviene en el origen de la mayor parte de las ciudades: en Babilonia, situada en un punto donde el Éufrates une su curso con el del Tigris, en las ciudades fenicias que son esencialmente ciudades de ruta marítima, en Roma, en París. Si no hay en Francia región más rica en vestigios de establecimientos humanos de la era de piedra pulida que el departamento de Saône-et-Loire, es porque este último corresponde a un nudo de rutas, marcado por el punto de contacto de las cuencas del Ródano, del Saona, del Sena y del Loira. Una aglomeración nace en los sitios donde los obstáculos pueden ser franqueados por el hombre en su marcha a lo largo de los caminos naturales (desfiladeros de montañas, pasos de cursos de agua), en aquellos donde es necesario detenerse, para cambiar de un modo de circulación a otro (paso de la tierra al agua) o porque están en el límite de dos regiones diferentes (paso de la tierra fecunda y habitada al desierto).

A fin de dar cuenta del origen de una ciudad, al mismo tiempo que su desarrollo, es necesario observar, por un lado, el sitio y, por el otro, el horizonte geográfico, que se reduce esencialmente al camino natural de paso. La ciudad siempre toma de ellos más o menos los rasgos de su carácter y su fisonomía. En la situación de Lyon, una encrucijada excepcional de vías de agua y de tierra hizo de ella una gran ciudad comercial. Besançon debe a su admirable posición defensiva al hecho de haber estado siempre fuertemente marcada por un carácter militar. Tal es el valor urbano de ciertos sitios que, sobre aquel de Troya por ejemplo, nuevas ciudades se suceden desde el tercer milenio antes de Cristo hasta el comienzo de nuestra era. El sitio en sí mismo necesita estar por los caminos o rutas de paso. La pérdida de contacto con el mar, como consecuencia del establecimiento del Zwin⁸, es, para Brujas, en el siglo XVI, una causa de decadencia⁹. El desplazamiento, en tiempos del Renacimiento, de las grandes vías marítimas del comercio, es el germen del mal que consumió a Venecia.

⁶ Historiador y militar ateniense (siglo IV AC).

⁷ Nombre turco del sitio donde se emplazaba la ciudad de Troya.

⁸ Reserva natural en la costa del Mar del Norte.

⁹ Antes que se estableciera la reserva natural, el sitio era un brazo del Mar del Norte que, mediante un canal, permitía llegar hasta la ciudad de Brujas.

Los elementos determinantes del sitio son también aquellos que actúan en el crecimiento de la ciudad. Los cursos de agua, junto con el camino por el cual los hombres en sus orígenes alcanzaron sus riberas y que representa el punto más antiguo que los conecta al pasado, marca el doble sentido del desarrollo de la ciudad establecida en ese sitio; es el doble eje de esa ciudad, su *Croisée* [encrucijada], como se dice para París desde el siglo XIV. Sin embargo, muchas veces este desarrollo no parece ser igual sobre las dos riberas. Se tiene que el germen esencial del crecimiento está localizado sobre una u otra de ellas y, en razón del elemento aislante que constituye el curso de agua, esa ribera ejerce directamente sus efectos sobre la ribera opuesta. Babilonia, Londres, París, son los ejemplos de este hecho. En el caso de la encrucijada formadora, el crecimiento se efectúa siguiendo las líneas orientadas en el sentido de un doble eje, pero esta dirección puede ser contrariada por la forma forma anular que reviste frecuentemente la muralla y convertirse así en vía radial. Esto es lo que ocurrió especialmente en París. El trazado que, más o menos, se va conformando de acuerdo con el tipo radio-concéntrico es en efecto frecuentemente aquel de las ciudades formadas naturalmente; ya sea porque el hombre se siente más protegido por una muralla circular, ya sea porque intervienen las consideraciones étnicas y religiosas que, por ejemplo, a la vivienda cuadrangular, del género de la *Regia*¹⁰ del Foro romano, oponen la vivienda circular, análoga al templo de Vesta.

Dos acciones se ejercen en sentido opuesto sobre las ciudades: aquella que ejerce el recinto fortificado y que tiende a encerrar la ciudad sobre sí misma y aquella otra que marcan los caminos que permiten, por el contrario, entrar en ellas. Nada da más impresión de la ciudad cerrada de las acrópolis primitivas de las ciudades griegas, con sus muros ciclópeos, la rampa pendiente en la estrecha puerta de entrada que precede un corredor, como en la puerta de los leones de Micenas, y la senda disimulada en los pliegues de la roca que corresponden a una puerta oculta. Ese paisaje urbano, que hace surgir a los ojos las prestigiosas imágenes de belleza de los cantos homéricos, evoca una sociedad feudal, análoga a aquella que ha poblado de fortificaciones los sitios montañosos de la Francia medieval y sobre la cual las canciones de gesta difunden el destello de un adorno épico. El choque de armaduras y ruido de armas acompañan los *castra*¹¹ medievales, núcleos de varias ciudades que, dando su significado a lo que podemos llamar la ciudad en estado de guerra constante, una ciudad, en esos tiempos, con vínculos estrechos ligados al suelo nutricional. Por cierto, ella es estrechamente cerrada. Pero los caminos que ella domina extienden a lo lejos sus largas cintas, donde se prepara el futuro.

Por allá, recién llega el extranjero a la ciudad. Forma el suburbio, descomprimiendo la ciudad. Comerciantes, poseídos por el deseo de ganar, desafiaron los peligros del viaje. Al pie de las murallas urbanas, se establece así el carácter animado del mercado. Esta formación exterior se caracteriza por el ejercicio del comercio y por una libertad mayor que la que reina en la ciudad a la cual se une. El suburbio se desarrolla así y aspira la vida de la ciudad original amurallada, que terminará por ser una suerte de cuerpo muerto cerca del antiguo suburbio, devenido verdaderamente en ciudad. Es el desarrollo de la ciudad baja, en detrimento de la ciudad alta, cuyo rol es desde ahora puramente militar o religioso o, si se trata de una ciudad primitivamente confinada en una isla fluvial, es el nacimiento a la vida urbana, seguido del

¹⁰ Lugar de culto de los dioses.

¹¹ Plural de *castrum*, campo militar romano de forma rectangular.

crecimiento de una u otra ribera opuesta del río. Un campo natural de expansión se opone al sitio anormal primitivo. Así es en Atenas y así es en París.

Tucídides señala que, desde la antigüedad, en Atenas se refugiaban los exilados de distintas partes de Grecia. "Nuestra ciudad está abierta a todos: ninguna ley aparta a los extranjeros", este historiador le hace decir a Pericles, en el elogio de los atenienses muertos durante la guerra del Peloponeso. Por otra parte, Jenofonte¹² alaba la benevolencia de sus compatriotas con respecto a los metecos. El ejercicio del comercio y de los oficios industriales, en conexión con este elemento extranjero, termina por marcar el destino de la ciudad baja, caracterizada particularmente por el ágora que opone su vitalidad a la acrópolis, que no es más que el santuario de la divinidad políade¹³. En cuanto a París, ¿no es acaso el extranjero quien, en relación con la isla donde nace la ciudad, le otorga a la margen derecha su primer desarrollo urbano, bajo la forma de aglomeración mercantil que se constituye, en el siglo XI, entre el Châtelet, Saint-Merri y Saint-Gervais?; ¿no es acaso el extranjero quien, principalmente, ha hecho de la ribera izquierda la ciudad de los estudios?; ¿no es él quien, en su condición de huésped, se nos presenta en el origen del poblamiento de varias porciones del suelo de esta ciudad? ¿El establecimiento de bretones, de anglos y de otros pueblos no se destaca en la edad media? La yuxtaposición del comercio, la universidad y los extranjeros se nos presentan con privilegios particulares, los mismos que vemos gozar a los habitantes de los suburbios del siglo XVI, más tarde anexados a la ciudad, de una libertad más amplia que aquella otorgada a los ciudadanos. Estos suburbios, al menos los ubicados sobre la ribera derecha del Sena, se convirtieron en la parte más importante de París. Ese es el rol jugado por el extranjero, tal es, en consecuencia, la acción vivificante del camino, que nos permite enunciar este principio: saber que, sin el aporte del extranjero, una ciudad está condenada a declinar.

De este modo, la ciudad, en sus elementos orgánicos, se agita. En relación con el nodo de formación, su parte principal se desplaza hacia el exterior. Y es, en general, la cuestión comercial e industrial la que determina, por sobre todo, el sentido en el que se desarrolla la ciudad. Esto se explica fácilmente, si se tiene en cuenta que, precisamente, el ejercicio de los negocios y el trabajo de los oficios incrementan el número de necesidades que marcan la civilización material. La cuestión intelectual pura no deja de tener en la ciudad efectos también potentes. Para darse cuenta de esto no hay más que comparar el París de la margen izquierda, que antiguamente se confundía con la universidad, con el París de la margen derecha, centro de negocios que está más desarrollado y con una vida más intensa que la otra margen. ¿Quién osará pretender que semejante ciudad intelectual del mundo helenístico como Alejandría, le debe más a la vida del espíritu que a su función económica o a su rol de capital del reino de los lágides?

Los elementos morales no tienen un lugar menos considerable en los destinos urbanos. Las necesidades del hombre, por las cuales se manifiesta la civilización, no son todas de orden material. No se comprenderá la ciudad antigua ni aquella del Medioevo, si uno se abstrae de las ideas religiosas. El rol del templo ha sido determinante en la formación de las ciudades antiguas, como aquellas de Egipto o de la Mesopotamia. El

¹² Historiador, militar y filósofo griego (siglo IV AC).

¹³ Protectora de la ciudad.

orden urbano parece nacer del agrupamiento de las viviendas en relación con el templo o con el palacio del soberano, en las civilizaciones antiguas de los valles del Nilo, del Éufrates y del Tigris. El mismo arte urbano propiamente dicho se nos presenta, en sus primeras manifestaciones, inspirado en la religión: lo veo en las calles decorativas, bordeadas de esfinges o de carneros echados que se despliegan delante de los templos egipcios como los de Tebas. Asistiremos a la fundación religiosa de la ciudad en Grecia y, bajo una forma diferente, entre los etruscos. En la edad media, los santos locales tomaron el lugar de las divinidades políades y las iglesias introdujeron sus características en la ciudad, como antiguamente lo hicieron los templos en las ciudades griegas y romanas. El culto del santo patrón promueve la peregrinación, que atrae a los comerciantes sobre el paso de los peregrinos y contribuye, por ello, a formar los suburbios comerciales que captamos en su acción fecunda en la evolución urbana. Es la religión quien ha creado la belleza en las ciudades bajo la forma de los edificios religiosos. El Partenón y el Erecteion son inseparables del carácter y de la fisonomía de la Atenas antigua, como la catedral está ligada esencialmente a la ciudad del Medioevo. ¿Qué no es Ginebra en el siglo XVI sino la ciudad de Calvino o la Roma protestante?

Los imponderables actúan sobre la ciudad. El espíritu de la contra-reforma sopla y he ahí la ciudad que se cubre, en la primera mitad del siglo XVII, de un manto de conventos, cuyas iglesias son, en su arte, la expresión misma de ese espíritu. Por otra parte, la acción espiritual de Mme. Acarie¹⁴ y de Pierre de Bérulle¹⁵ y el rol educador de Mme. De Rambouillet¹⁶ no son indiferentes al conocimiento de París del siglo XVII. La vista del Mont-Blanc, en el siglo XIX, en un tiempo donde los atractivos de la naturaleza seducen al hombre, contribuye para que surja la Ginebra turística en la margen derecha del lago.

Por su lado, los hechos de la historia dejan su impronta sobre las ciudades. París debe su grandeza al rol de capital que adquiere a partir del siglo VI, y Constantinopla, que recientemente fue despojada de ese mismo rol, declina. ¿Qué decir de los cambios profundos aportados a las ciudades por una guerra como aquella de los Cien Años o como esta de 1914? Existe una vinculación estrecha entre el descubrimiento de nuevos yacimientos de plata en Laurion¹⁷, hacia el 484 AC (hecho económico), la construcción, gracias a los nuevos recursos de esas minas, de la flota por la cual Atenas entra en la fase marítima de sus existencia (hecho orgánico de evolución), la victoria naval de Salamina, en el año 480 (hecho histórico), la expansión comercial y el espíritu de conquista de la misma ciudad (hechos de orden económico y político), el auge de la democracia ateniense (hecho político) y, por último, el maravilloso florecimiento del arte en la segunda mitad de ese mismo siglo V (hecho de orden inmaterial). Las plazas de Las Victorias y Vendôme, la gigantesca irradiación de calles de *l'Etoile*, no tienen sentido si se las separa de las prestigiosas conquistas de Luis El Grande y de Napoléon I. Hay en ellas uno de los miles reflejos del alma ardiente de París, pues la ciudad tiene un alma cuyo conocimiento no importa menos que el del cuerpo. ¿No lo he definido un ser humano colectivo?

¹⁴ Cristiana mística y benefactora de París (siglo XVII).

¹⁵ Cardenal y místico del siglo XVII.

¹⁶ Marquesa parisina (siglo XVII) promotora de las artes y la cultura en general.

¹⁷ Ciudad cercana a Atenas, famosa por sus minas de plata.

La ciudad encuentra su explicación en el mismo estadio de civilización del cual no es más que una de sus manifestaciones. La ciudad del Medioevo es aquella del particularismo feudal; aquella que le sucede se caracteriza, por el contrario, por la unificación monárquica de la era de la economía nacional que se abre, en nuestro país, con el Renacimiento. En ese mismo tiempo, las cuestiones que son, por así decirlo, personales determinan su propia evolución. Es así que, para Ginebra, pasamos de la ciudad de las ferias del siglo XV a la capital protestante, a partir del siglo XVI, luego a la ciudad turística del siglo XIX y, por último, al centro mundial de la Sociedad de las Naciones. El estudio de la evolución urbana comprende, por lo tanto, un doble elemento: uno general, que se expresa en el estado de la civilización; otro particular, referido al propio destino de cada ciudad. Este doble elemento permite trazar la curva a través del tiempo de una ciudad dada. Hay períodos de declinación urbana en general, tal como el que corresponde principalmente a los Carolingios. Los hay donde se manifiesta particularmente la potencia de la irradiación de tal o cual ciudad: Brujas en el siglo XIV, Amberes y Lyon en el siglo XVI, Amsterdam en el siglo XVII.

Si consideramos la ciudad desde el punto de vista de la densidad humana que la distingue, esta se nos presentará con mayor o menor fuerza según los tiempos y, también, para una misma época, según las modalidades de agrupamiento. La ciudad egipcia, por ejemplo, presenta la oposición de ciudades obreras muy apiñadas como en Kahun y en El Amarna con aglomeraciones extendidas donde vastos espacios libres acompañan los templos de los dioses, los palacios de los faraones y las moradas de los personajes más importantes. Paralelamente, en la edad media, la ciudad comprendía un gran número de jardines y huertas, pero semejante *bastide* [ciudad fortificada] del siglo XIII como Montpazier, en el actual Departamento de Dordogne, contiene a las casas por fuera de las vías de circulación, realizando así lo que llamo el tipo integral de ciudad, hacia la cual nos encaminamos a partir de los tiempos modernos.

La densidad urbana, relacionada con la posibilidad de permitir vivir a la gente reunida en un punto, se incrementa con el desarrollo de la explotación de los recursos terrestres y el perfeccionamiento de los medios de transporte, la gran ciudad, en el sentido actual del término, es, en definitiva, el fruto del progreso de la ciencia. Salvo excepciones, para una época dada hay un límite forzado, que aparecerá en esa constatación de Brujas, que en el momento de su apogeo en el siglo XIV no parece haber tenido más de 50.000 almas, mientras que Amberes, durante su mayor prosperidad, parece haber contado con más de 110.000 habitantes. Destacaremos también que entre una gran y una pequeña ciudad, hay más una diferencia de tipo que una diferencia de graduación.

CAPÍTULO II

LA IMAGEN DE LA CIUDAD.

LOS DIVERSOS TIPOS DE LÍNEAS – EL ANÁLISIS DEL PLANO

Cuando se observa el plano de una ciudad se verán, en general, tres tipos de líneas: la línea recta, la línea sinuosa, por último la línea curva. Se puede decir que la primera expresa, sobre los trazos de la fisonomía urbana, la voluntad del hombre. La calle es recta porque, en general, el hombre así la ha querido, ya sea que haya sido trazada por una razón de tipo ritual, ya sea que lo haya sido por un motivo puramente utilitario, o porque corresponde simplemente a un principio racional o estético. En el primer caso se explica por una idea religiosa. Es ella la que ha inspirado el trazado regular de la ciudad, tal como existe entre los etruscos. La ciudad etrusca se nos presenta como un grupo ordenado, producto de un acto determinado por la voluntad humana. Tiene un fundador que, acompañado por aquellos que vivirán en la nueva ciudad, cumple con los ritos de la fundación. Consulta el cielo y, después de haber recibido los auspicios favorables, hace un pozo que es el *mundus* donde deposita diversas ofrendas. Desde este punto, con una varilla, marca enseguida la posición de los cuatro puntos cardinales y divide la ciudad en cuatro sectores a partir de la encrucijada de la línea norte – sur con la línea este – oeste, gracias a lo cual el orden urbano se confunde con el orden mismo del mundo. Por medio de un arado, cuya reja es de bronce y a la cual se atan los animales asignados, el fundador traza el recinto urbano, de carácter sacro, ya que no deberá ser atravesado por nadie; así eleva la reja del arado respecto de las puertas, que están destinadas a establecer las comunicaciones con el afuera. “Las ciudades del Lacio han sido fundadas... según el rito etrusco, es decir que han trazado un surco con un arado... que ha sido hecho por un motivo religioso”, nos dice Verron, quien agrega: “Todas nuestras colonias han sido fundadas como Roma”. Tiempo después, Frontin y Hygin confirman el origen religioso y etrusco del trazado regular de las colonias romanas.

De todas maneras, nos podemos remontar más atrás en lo que concierne al origen del trazado regular. En efecto, se lo encuentra –sin hablar de Egipto donde la regularidad de las calles se remarca notablemente a Kahun, hacia el fin del tercer milenio antes de Cristo, y en Al Amarna, hacia 1370 antes de nuestra era– en la civilización de los valles del Éufrates y del Tigris, donde la observación de los astros y la orientación ritual eran moneda corriente. En torno del año 2000 antes de Cristo, Babilonia se nos presenta, sobre la margen izquierda del Éufrates, con un barrio cuyas calles principales, paralelas a la calle sacra, son cruzadas en ángulo recto por otras calles. Herodoto señala, en esta ciudad, las calles rectas, cortadas por otras que terminan en el río. Los etruscos, que proceden del Mediterráneo Oriental en Italia, pudieron haber recibido esta influencia del Asia Occidental que se vuelven a encontrar, también, en el mundo griego.

Los griegos parecen haber conocido el trazado regular de la ciudad por los jónicos del Asia Menor, ya que por su ubicación geográfica estaban en contacto con la civilización asirio-babilónica. Un trazado de tales características se encuentra en Paestum, colonia jónica de la Gran Grecia que data del siglo VI antes de nuestra era. En el siglo siguiente, un filósofo jónico, Hipodamos de Mileto, difundió en el mundo griego la noción del trazado regular. Al menos, este es el mérito que le atribuye Aristóteles en el siglo IV en los capítulos II y IV de su *Política*. El mismo autor nos indica

que Hipodamos aplicó su sistema de división de la ciudad en calles en el Pireo y Estrabón¹⁸ nos dice que la ciudad de Rodas, aquella que existió en sus tiempos, "fue construida, después de la guerra del Peloponeso, por el mismo arquitecto, es decir, aquel que había construido antes el Pireo". Thurium, colonia fundada en el año 443 antes de Cristo, en la Gran Grecia, debe haber recibido, sin dudas, su plano de Hipodamos. Esto último nos es conocido por Diodoro de Sicilia¹⁹, quien nos dice que la ciudad comprendía cuatro calles principales en el sentido de su largo y otras tres en el sentido de su ancho. El Pireo parece haber recibido una regularidad similar.

En cuanto a la ciudad de Rodas, que data de fines del siglo V, parece ser que a causa de la naturaleza del lugar, se deben haber inspirado en la forma de un teatro para su trazado. Al menos esto parece desprenderse de un pasaje de Deodoro de Sicilia, quien escribió en el primer siglo antes de nuestra era. Este autor cuenta que las lluvias torrenciales en el año 316 provocaron una inundación en Rodas. Los sistemas de desagües se obstruyeron y como la ciudad estaba construida en anfiteatro y las aguas que se desbordaban se reunían todas en un único punto, la parte baja, donde estaba el mercado con un muelle que la separaba del mar, también se inundó. Lo que parece confirmar tal interpretación es lo que Estrabón escribe respecto de Rodas que, "por sus puertas, sus calles, sus muros y su aspecto general, parece una ciudad diferente que no puede ser igualada por ninguna otra ciudad". Por encontrar que era una ciudad distinta, Estrabón concluye que Rodas fue diferente del conjunto de ciudades del mundo griego que, precisamente, ofrecían a sus ojos ya sea el trazado irregular de los viejos tiempos, ya sea una red de calles rectilíneas, paralelas y perpendiculares las unas a las otras. Por lo tanto, este último modo de trazado era de uso corriente, aplicado a la ciudad regular, mientras que la forma de teatro era una situación excepcional.

Al antiguo trazado irregular del cual Atenas es una muestra, se opone, en tiempos de Aristóteles, el alineamiento moderno de las viviendas, según el sistema de Hipodamos. En efecto, no es más la religión la que se encuentra en la base de tal trazado, es el sistema, en conformidad con las especulaciones naturales del espíritu griego. Es, también, tal como se encuentra en los textos de Aristóteles, una condición de comodidad que aparece, además, en la partición de las tierras que marcan la colonización de Thurium, y de una noción de estética. Trazado puro y simple de colonización, trazado de embellecimiento, esta es la doble forma bajo la cual se nos presenta la regularidad urbana, primitivamente obra de la religión. Es esto último lo que explica también la calle recta, de toda manera muy decorativa, que se dispone a la entrada de los templos en Egipto, en los templos de los faraones. Las procesiones, inspiradas por una idea religiosa, sirven para caracterizar las calles de este tipo.

En la era helenística, se hace más precisa la cuestión de la estética urbana asociada al trazado rectilíneo: las grandes calles, bordeadas de columnatas con monumentos decorativos en los encuentros en ángulo recto con otras calles, desarrollan su majestuosidad ordenadora, impronta de la majestad real. Así es Alejandría, así es Antioquía. Las nuevas ciudades surgidas de la tierra ofrecen la comodidad y el agrado del trazado regular: Esmirna²⁰, reconstruida por Antígono²¹ y Lisímaco²², hacia el año

¹⁸ Filósofo e historiador griego (63 AC – 19).

¹⁹ Historiador griego del siglo I AC.

²⁰ Ciudad griega de Asia Menor (hoy Izmir)

300 antes de Cristo, la ciudad más hermosa de la Jonia, al decir de Estrabón, que tiene sus calles trazadas con una regularidad remarcable, de manera de cortarse en ángulo recto; Nicea²³ en Bitinia²⁴, que data de los mismos tiempos y forma un cuadrado de aproximadamente 700 metros de lado con, en su interior, dos grandes calles que se cruzan en ángulo recto que se corresponden con las cuatro puertas de la ciudad, etc.. En estos tiempos, al trazado regular se le agregan las demandas de la higiene con la orientación de las construcciones.

De esta manera, se desarrollan sucesivamente los elementos de un arte urbano, de una técnica de la construcción de las ciudades que, después de haber recibido la impronta romana, representaron, durante el Renacimiento, a nuestra civilización. Roma conquistadora se somete a la escuela del oriente helénico conquistado. Los pórticos, en la ciudad, a lo largo de calles rectas, desplegaron el noble ornato de su alineación solemne; en Roma, al lado del viejo foro, los foros imperiales desplegaron, en trazos geométricos, la impronta dorada de oriente, bajo la forma de plazas decorativas, reflejos de ciudades lejanas del mundo asiático resultante de las conquistas de Alejandro. Combinadas con los principios etruscos originales, estas influencias actuaron sobre la tierra sumisa a Roma, donde las ciudades se levantaron con calles formando una red regular, en relación con el doble eje del *cardo* (norte – sur) y del *decumano* (este – oeste), expresión de la maravillosa organización romana.

Si el trazado regular reaparece en la edad media, en particular en las ciudades nuevas o *bastides* que aparecen a partir del siglo XII, no lo hace bajo una inspiración cualquiera de la antigüedad, sino por la necesidad de parcelar el suelo urbano. En la edad media, la calle recta no tiene explicación desde el punto de vista de la estética, no hace otra cosa que expresar una distribución fundiaria; no es otra cosa que un trazado natural de colonización, al menos que tenga como origen una necesidad de circulación, como en París, la antigua calle Neuve-Notre-Dame, cortada en el eje del atrio de la catedral, debido a la construcción de esta iglesia. Se buscará en vano en el trazado urbano de entonces, otras marcas de principios antiguos como aquellas influencias de Roma en las ciudades medievales de origen romano. Pero es con el Renacimiento y el clasicismo que se desarrolla de nuevo la calle recta y *bella*; la calle profana triunfal que el oriente helénico ha hecho continuar en la calle religiosa profesional; la calle majestuosa en el eje del edificio, donde las alineaciones de los pórticos destacan su regularidad en torno de una plaza de género particular como la de los Vosgos en París, como antiguamente encuadraban el ágora de tipo jónico o el foro de las ciudades romanas. He aquí un reflejo de la grandiosidad romana, que se desprende de los foros imperiales de Roma, las líneas geométricas de la place Vêndome, la monótona solemnidad de las arcadas de la calle Rivoli, son, en el rostro de París, un trazo de neoclasicismo que reina con Napoleón I²⁵.

De esta manera, a través del tiempo, se acentúa la voluntad de imponer la línea recta en la fisonomía urbana. Ondulada y flexible, por otro lado, se tiene la calle que tiene como origen una pista humana, un camino formado a los largo de los pasos del

²¹ General griego (siglo I AC)

²² General griego, rey de Tracia tras la muerte de Alejandro (siglo I AC)

²³ Ciudad fundada por los griegos en Asia Menor (hoy Iznik)

²⁴ Antiguo territorio griego ubicado en el noroeste de Asia Menor

²⁵ Emperador de Francia (1804 – 1814)

hombre. Una calle de este tipo ha sido moldeada de alguna manera por el mismo suelo, contornando las asperezas o las hondonadas. Puede corresponder a una gran ruta de comunicación o a un simple camino rural (campos, viñedos, etc.) o a un sendero del paisaje creado por un propietario para acceder a su finca. Los caminos denominados antiguamente de las Vacas, por ejemplo, indican los caminos de pasturas. Los caminos que bajan de las canteras de yeso de Belville o de Montmartre que figuran en las vistas y planos del siglo XVII devinieron en calles de París, mientras que la calle de Bac [barcaza] nace del paso de los carros de piedras de las canteras de Notre-Dame-des-Champs y de Vaugirard con destino a las barcazas que les permiten atravesar el Sena.

El tercer tipo de línea es la curva que, en esencia, es una calle de envoltura que se corresponde frecuentemente con las murallas, ya sea porque la acompaña en su extensión, ya sea porque se dispone sobre el mismo emplazamiento de una antigua fortificación. Entre estas últimas se encuentra la calle que ocupa el lugar del talud de la muralla, la que fue el camino de ronda interior, la que se desarrolla donde antes estaba el foso. Las calles denominadas Fossés tienen ese origen. La palabra bulevar, referida a una calle urbana, indica etimológicamente que esa calle ha reemplazado a la muralla, si bien hoy la palabra se ha extendido en su uso. Este tipo de calle, en el sentido de la fortificación, es naturalmente recta si la muralla tiene un trazado rectilíneo.

En el sistema de calles de una ciudad, algunas son paralelas, otras perpendiculares a la muralla. Las más importantes son las segundas, que establecen las vinculaciones con el afuera, a través de las puertas de la ciudad. Las primeras prolongan, hacia el interior, la envolvente de la muralla y sirven así para vincular a las segundas unas con otras. De esta manera, se impone sobre el plano de la ciudad la doble cualidad envolvente impuesta por la muralla y la corriente vivificante hacia el exterior determinada por las puertas de la fortificación.

El plano de la ciudad puede reducirse a dos tipos: el tipo radio-concéntrico, formado por dos tipos de calles, unas radiales, las otras conectoras de los radios entre sí; el tipo damero, compuesto de calles respectivamente perpendiculares o paralelas unas a las otras. El primero corresponde preferentemente a aquellas ciudades que se formaron naturalmente; el segundo se encuentra en las ciudades que surgieron en su totalidad de un acto de voluntad humana siguiendo la base de un parcelamiento del suelo. El tipo puro del damero reposa sobre el encuentro en ángulo recto de dos calles principales, que los romanos orientaban norte – sur, bajo el nombre de *cardo*, y este – oeste, bajo el nombre de *decumanus*. La curva tiene un carácter envolvente que no posee el cuadrángulo; de ahí su presencia en muchas aglomeraciones de la edad media, tiempos donde la necesidad de protección se hacía sentir particularmente. Es el repliegue instintivo con vistas en la defensa lo que le ha dado a estas aglomeraciones la curvatura de tipo radio-concéntrico, no siempre pura o de líneas rígidas, sino simplemente esbozadas por una dirección de calles tendientes al doble sentido radial y concéntrico de este tipo. El trazado radio-concéntrico, en su pureza, ha sido en todos los tiempos una excepción, mientras que el damero diseñado rigurosamente fue de un uso constante.

Se destacará que las ciudades tienen una parte de su trazado en forma irregular y otra regular. Esta última más reciente que la otra, siempre que esta regularidad no se refiera, por ejemplo, a los restos de la impronta de Roma en una ciudad de origen romano. De modo general, se puede discernir sobre los planos sucesivos de una

ciudad, las grandes líneas de su evolución. En primer lugar conviene destacar los ejes de la ciudad, con sus propias particularidades. Las murallas que se suceden explican el trazado envolvente de las calles ya sea porque se disponen en su dirección o porque reemplazaron a las murallas desafectadas. En la ciudad del medioevo, que subsisten más allá del siglo XVI, es decir en los tiempos cuando aparecen los primeros planes, los trazados sinuosos descubren su origen, ya que, aparentemente, las parcelas se distribuyen de acuerdo con el rígido paralelismo de calles que se ramifican sobre una arteria de circulación o que sirven para encuadrar a un establecimiento religioso, al castillo, o al mercado que ha dado origen al poblamiento. La ubicación de las iglesias, monasterios, castillos, plazas y mercados permite reconstruir la finalidad con la que surge la ciudad y entrever el nudo primitivo de la formación urbana y el rol de los elementos con quienes en su desarrollo, la aglomeración se relaciona de diversas maneras. Las puertas de las murallas se abren a las principales rutas de circulación que, desde entonces, contribuyen a determinar. La importancia de las vías de acceso a la ciudad se puede deducir de la importancia que tienen los suburbios. Si uno se aleja de un poco en la observación de los fenómenos urbanos, se tendrá en el plano, como cuadro, un mapa de la región, sobre el cual, en las zonas que se extienden más allá de la ciudad, y teniendo a esta como centro, por una sucesión de círculos concéntricos, se podrá observar el juego diversificado de las acciones y reacciones de la ciudad y del territorio en el lugar en el que aquella se ubica.

En los planos de los siglos XVII y XVIII, las calles rectas en el eje de los edificios civiles o religiosos, las plazas de diseño geométrico, los lugares de paseo (explanada, alameda, jardín público), las alamedas, jalonadas por árboles, en lugar de las antiguas murallas y las avenidas majestuosas aparecen como un agregado de los tiempos clásicos. Los planos del siglo XIX acentuaron la impresión de apertura o de ventilación que produjeron los precedentes: donde los conventos se extendían antes de la revolución [de 1789], las calles recortan un trazado regular; la apertura de calles permitía que el aire y la luz penetrara en los puntos de congestión urbana; los muelles establecen un borde de espacio libre a lo largo del río donde antes se amontonaba la ciudad; los nuevos trazados de calles marca el espacio, más allá de la ciudad. El dédalo, el racimo de la ciudad de la edad media, dio lugar a cierto ordenamiento urbano, además de la educación clásica, un bienestar general y de preocupaciones por la higiene, fruto del progreso de la civilización. Estos diversos trazados, que aparecen en la ciudad a partir del siglo XVII, estableciendo un orden que la edad media no conoció y que se relaciona con la acción del poder central, son producto poderoso del gran movimiento del Renacimiento. Las sobrevivencias medievales no son más dignas de consideración, y la observación de un plano actual, que permita conducir el estudio de la evolución urbana hasta los tiempos presentes, permitirá constatar la dificultad en conciliar las condiciones de vida más evolucionadas de nuestros días con las persistentes preexistencias. ¿Cómo los antiguos caminos rurales, transformados en calles, pueden ajustarse a la circulación automotor, en una ciudad que, de la época agrícola de antaño, ha pasado, sin cambiar, a la era predominantemente industrial de hoy?

La vialidad, en función de la circulación a través de los tiempos, es todo un problema – un problema capital– que el estudio de la serie cronológica de los planos de una ciudad pone en cuestión. En este examen, el espíritu crítico se debe aplicar en un sentido minucioso. Es así como un plano no expresa siempre cómo una aglomeración, en su totalidad o en parte, se ha formado. Son los trazados que se muestran, por así

decir, como el elemento formador del poblamiento que representan. Es necesario ahora buscar la razón de esta discordancia.

El análisis del plano de la ciudad de París podrá ilustrar como ejemplo este método crítico. Tomemos el plano del siglo XVI. Es el plano en perspectiva o a vuelo de pájaro, que entonces únicamente se hacía, sea el llamado de los Tres Personajes, sea aquellos, en mayor escala, llamados de Cerceau²⁶ o de Saint-Victor y de Truschet y Hoyau²⁷. Tenemos bajo nuestros ojos al París medieval en vísperas del inicio de las transformaciones que se originan como consecuencia del Renacimiento; su forma es redonda. El Sena lo divide en tres partes: la isla, la margen derecha y la margen izquierda. Al observar la isla, uno percibe que contiene, en uno de sus extremos, la iglesia Notre-Dame, acompañada del obispado y del Hôtel-Dieu, en otras palabras la catedral y en el otro, el palacio. Sin conocer nada de la historia de París, simplemente por estos datos, y tratándose que se refieren a una isla, es decir a un lugar naturalmente defensivo, uno puede considerar que esta isla ha sido la cuna de la ciudad. En efecto, esto es así ya que la isla tiene un nombre significativo: isla de la Cité.

Se trata de una isla fluvial; así, el río constituye uno de los ejes de formación de la ciudad. La dirección de los puentes que vinculan la isla con las márgenes opuestas del Sena se confunde con aquel otro eje formador. París nació en el punto de encuentro de una ruta fluvial este – oeste y de una ruta terrestre norte – sur. Esto último se desprende fácilmente de la simple observación del plano. De la doble línea de puentes que se ven (Pont Notre-Dame y Petit-Pont, Pont-au-Change y Pont Saint-Michel), sólo una corresponde a una ruta sensiblemente recta y que, después de haber atravesado la ciudad de un extremo a otro, se prolonga hacia afuera. Esta ruta, formada por la calle Saint-Martin, sobre la margen derecha, y la calle Saint-Jacques, sobre la margen izquierda, es pues el eje terrestre formador de París y los puentes sobre los cuales estas dos rutas confluyen son el Pont Notre-Dame y el Petit-Pont, que representan el vínculo más antiguo de la isla de la Cité con las márgenes opuestas del Sena.

París fue una ciudad de cruce de rutas, su desarrollo tendrá lugar en el doble sentido de la cruz, en el sentido este – oeste de la ruta de agua y en el sentido norte – sur de la ruta de tierra. Esto es lo que indica precisamente el plano, si bien ya no figura en el damero sobre el cual teóricamente debe haberse desarrollado. De una parte se tiene que la ciudad no se ha formado en un solo acto, sino que es el producto de los tiempos. Por otra parte, se tiene que el sentido natural, perpendicular al río se ha encontrado rodeado por la forma anular determinada por las murallas, forma que ha dado origen, en relación con esto último, a un conjunto de calles radiales análogo a aquel de las varillas de un abanico. En cuanto a esta forma, se trata del trazado instintivo de desarrollo, condicionado de ahora en más por la configuración de los lugares: el extendido plano de la margen derecha está circunscripto por un semicírculo de tierras altas (Charonne, Ménilmontant, Belleville, Montmartre, Chaillot) y la montaña Sainte-Geneviève, sobre la margen izquierda, terminan por conformar la hondonada parisina.

²⁶ Jacques I Androuet de Cearceau, arquitecto francés del siglo XVI.

²⁷ Olivier Truschet y Germain Hoyau, autores del *Plan de Paris* de 1522, conocido también con el nombre de *Plan de Bâle*.

Dejando de lado el detalle de las calles abiertas a lo largo del tiempo, en la composición de París, podemos reconocer, luego de su silueta, su carácter original. Algunas de estas calles son rectas, como la gran calle Saint-Martin –habiendo sido definido su rol esencial en los mismos orígenes de París– que revela así su antiguo rasgo de ruta romana. Las cortas calles rectilíneas se destacan, sobre la margen derecha, al sur de la iglesia Saint-Paul, al sur de la calle de la Mortellerie (en la actualidad calle del Hôtel-de-Ville) así como en una dirección perpendicular a las calles du Temple y Saint-Martin y a la calle Saint-Denis, del otro lado de la puerta de Montmartre y entre la calle Saint-Honoré y du Louvre; de manera parecida se encuentra sobre la margen izquierda, al sur de la calle Saint-Victor y del lado de la calle de la Harpe: se puede atribuir como origen un parcelamiento del suelo, suscitada por el crecimiento de la ciudad. Continuando con nuestro análisis urbano observamos que la mayor parte de estas calles definen manzanas rectangulares en torno a una gran calle: “la gran calle Saint-Denis, la gran calle du Temple, la gran calle Montmartre, la gran calle Saint-Honoré, la gran calle Saint-Victor, la gran calle de la Harpe” y que ciertas otras se extienden en la vecindad de importantes establecimientos religiosos, como el Temple y Saint-Martin-des-Champs, o de los mercados [Les Halles] y también de un edificio como el palacio del Louvre: podemos deducir la existencia de un vínculo entre estos distintos elementos y los trazados rectilíneos que de ellos se dependen. Estos son más o menos determinados por aquellos.

La ruta sinuosa formada por las calles Saint-André-des-Arts y de la Huchette y que, fuera de la ciudad, se prolonga hacia Saint-Germain-des-Prés se nos aparece como el viejo camino que vinculaba esta abadía con París a través del Petit-Pont, en los tiempos en que la ciudad se reducía a la isla de la Cité. La encrucijada de la plaza Maubert obtiene su característica principal de dos grandes caminos sinuosos que se cortan, uno por la “gran calle Saint-Victor” y el otro por la calle de la Montagne-Saint-Genève que se prolonga, más allá de las murallas, en la “gran calle Saint-Marceau”. Así se tiene el esqueleto vial de París, en particular, las vías de acceso a las puertas de la muralla, cuya particular importancia está dada generalmente por la expresión de “gran calle”.

Si oponemos las dos riberas la una a la otra, veremos que la margen derecha es mucho más significativa que la margen izquierda. Esto se debe a que los principales elementos de crecimiento urbano se localizan sobre la primera de ellas. Se trata de aquellos elementos que podemos reconocer rápidamente sin tener el mínimo conocimiento de la propia historia de París; son los que representan estas localizaciones: “la Municipalidad”, precedida de su plaza y los mercados que aparecen entre la calle Saint-Denis y Saint-Eustache, sobre la plaza bordeada de pilares, sobre la cual se levanta la picota así como los lugares vecinos denominados el mercado de trigo, la tienda de ropas usadas, el mercado de paños, la lencería, etc.; es el elemento mercantil, del cual deriva el poder municipal que tiene su sede en el palacio municipal. Este elemento y, más tarde, aquel constituido por la residencia real, al comienzo al sur de la calle Saint-Antoine, luego al norte de esta calle, es decir el sitio donde en el plano figura “les Tournelles”, y luego al Louvre hacia el siglo XVI, permiten explicar la preeminencia de la margen derecha. Los restos del trazado de una antigua muralla, sobre esta margen, delinean la continuidad urbana; la misma importancia de las calles Saint-Antoine y Saint-Honoré indica que es de este mismo lado del Sena que se estableció el gran flujo de circulación terrestre en correspondencia con el eje fluvial ese – oeste de París.

El análisis del plano para la margen izquierda, nos hará discernir paralelamente el carácter de esta última y, por consiguiente, su situación de inferioridad en relación con la otra margen desde el punto de vista del desarrollo urbano: se destacan particularmente los colegios y los conventos de las cuatro órdenes mendicantes. A la ciudad que es por esencia la margen derecha, se opone, sobre la margen izquierda, la universidad, que marca la división natural de París en tres partes, asumiendo a nuestro ojos todo su significado: la ciudad [sobre la margen derecha], la Cité [la isla], Universidad de París [sobre la margen izquierda].

No es más que una particularidad original de la ciudad de la edad media la aparición de recintos que parecen hacer, de Notre-Dame, con su claustro y su atrio, del Palacio, de la abadía de Sainte-Geneviève, del priorato de Saint-Martin-des-Champs y del Templo, pequeñas ciudades aparte. Esta particularidad se reencuentra fuera de las murallas, en esas pequeñas unidades urbanas anexadas a la ciudad que forman las aglomeraciones de Saint-Germain-des-Prés y de Saint-Marceau. La primera nos ofrece el ejemplo de una formación urbana cuyo plano no refleja en absoluto el rol del elemento formador. En efecto, no hay más que mirar esta pequeña aldea, conformada en el borde de París, para reconocer el elemento formador, que no será otro que la abadía de Saint-Germain-des-Prés, cuya potente individualidad nos es revelada por el imponente montón de construcciones monásticas, ceñido por una muralla. Ahora bien, esta célula orgánica de formación, que así se nos aparece, está netamente al margen de la aglomeración de la cual deriva. Es necesario buscar la causa, que la simple vista del plano permite entrever: ¿“el prés aux clers” no deja adivinar la existencia, de este lado, de un terreno bajo en el borde del Sena y que expulsa las viviendas más al sur, impidiéndoles agruparse en todas partes en torno de la abadía, su madre común? En cuanto a la aglomeración de Saint-Marceau, que se ordena a lo largo de la calle Saint-Marceau, en cuyo borde se levantan las iglesias de Saint-Marceau y de Saint-Médard, se nos presenta como una pequeña aldea de ruta, en especial la ruta de Lyon, representada por esta “gran calle”.

El estudio del plano es suficiente para revelar el modo de crecimiento o, mejor dicho, los diversos modos de crecimiento de París, más allá de la muralla urbana: son las pequeñas ciudades de Saint-Marceau y de Saint-Germain-des-Prés que sólo la línea del recinto fortificado les impide de soldarse a París, o bien es la simple formación de los suburbios, es decir sobre los trazados de una hilera de casas a cada lado del camino, como el suburbio de Saint-Jacques, como también, sobre la margen derecha, de los suburbios de Temple, Saint-Laurent o Saint-Martin, Saint-Denis y Montmartre; entre estos dos últimos, una alineación regular de calles, paralelas a la muralla, mientras que la impronta de las viviendas modela, en el suburbio de Saint-Honoré, una cruz donde el brazo meridional, en el lugar llamado “las Tullerías”, revela una localización industrial. En un círculo más alargado, los caseríos o aldeas (Reully, la Croix-Fabin, Popincourt, Belleville, Clignancourt, Montmartre, les Pocherons, la Ville-l'Évêque, le Roule, Chaillot, Auteuil) apuntan hacia el cielo sus tejados modestamente agrupados, de formas simples o graneros, como en Grange-Batelière, salpicando el suelo agreste: esto es como una segunda zona de futuro crecimiento urbano.

Así, el plan, a través de un análisis de este tipo, nos revela la ciudad en su evolución a través del tiempo. Una visión panorámica del agrupamiento urbano debe retener también nuestra atención. Él se traduce en las líneas que asocian el relieve del suelo al mismo relieve de las construcciones. Si la ciudad se ofrece siempre en altura, está graduada por múltiples elementos. La impresión de conjunto nos reconduce a una

serie de efectos y relaciones. La ciudad holandesa, desparramada sobre una planicie infinita, produce una impresión diferente de aquella que causa la ciudad griega que, desde lo alto de su acrópolis, abraza el largo horizonte donde el mar azul "una sonrisa innombrable". La antigua ciudad egipcia, en la extendida platea del valle del Nilo, reposa sobre una suerte de basamento fáctico que, durante la inundación del río, al decir de Herodoto, la hace emerger como una isla. Ella forma una marca de la vida al pie de la masa gigantesca de la pirámide, recortando bajo el cielo, en aristas vivas, la imponente majestuosidad del templo, que tiene su propia dominante: el obelisco punzante, símbolo de Dios. El templo y el palacio dominan por su estatura a la ciudad babilónica, de la cual son sus elementos esenciales de formación; el zigurat, emblema de la divinidad, despliega la sucesión de sus niveles hacia el cielo que marca así la silueta de la torre de Babel. Por contrario, la línea horizontal es la línea griega de construcción.

La línea vertical se vuelve a encontrar, en la edad media, en la ciudad gótica, que se extiende hacia el cielo. Es en la segunda mitad del siglo XI que el campanario adquiere su lugar en el panorama urbano. La ciudad de la edad media, con sus campanarios y agujas de las iglesias, sus torres y sus torreones, los dientes de sierra de sus tejados, definen una línea con mucho movimiento, en zigzag y ofrece, al abrigo de sus murallas, una silueta recogida. La catedral, en una ciudad reposa sobre un suelo llano, produce el prestigioso efecto de un macizo de belleza, visible desde todas partes y a cuyo pie se agrupan las viviendas de los hombres; da la sensación del pastor que se levanta en el medio del rebaño reunido en torno a él. En la ciudad clásica, las cúpulas despliegan, bajo la bóveda del cielo, la armoniosa curvatura de sus líneas, la horizontalidad grecolatina difuma aquí y allá el verticalismo medieval sobreviviente. La ciudad contemporánea desata a lo lejos sus tentáculos adherentes, hace del antiguo suburbio nutriente un sembrado de viviendas. Hija de la gran industria, opone con dificultad la alta chimenea de la fábrica al campanario o a la aguja de la iglesia que antiguamente parecía elevar a Dios la humilde plegaria de los hombres; desarrolla sus penachos de humo que oscurecen el cielo, raya de rieles la tierra sobre la que se desarrolla; al pasaje trepidante de los trenes, la antigua poesía de los campos, es todo movimiento y todo ruido.

Y la línea general de la ciudad tiene un significado. La horizontal da una impresión de calma, de nobleza, de ordenamiento regular. Por el contrario, hay algo de contraste en el erizamiento de la ciudad medieval, donde parece que se siente la oposición violenta del cielo y del infierno. La cúpula suaviza el perfil aéreo de la ciudad. En la ciudad musulmana, la forma aplacada de las mezquitas, asociadas al levantamiento de los minaretes, da una sensación religiosa apaciguada. Así, el alma de la ciudad se manifiesta ante los ojos de quien sabe verla.

Las mismas necesidades tienden naturalmente a expresarse en las construcciones que se parecen unas a otras. La arquitectura urbana establece una cadena entre las formas de las cosas a través del tiempo, por ejemplo entre el ágora griega y el foro romano, bordeados de pórticos, el claustro monástico, las casas con pilares que rodean una plaza medieval como la vieja plaza de Grève en París, la plaza de las cubiertas en una ciudad fortificada del siglo XIII o del siglo XIV, en fin, una plaza moderna del tipo de nuestra plaza de los Vosgos: en todos estos distintos casos, se trata de un espacio libre, que sirve de lugar de reunión o de paseo y donde los pórticos ofrecen un abrigo contra la intemperie. A través de la diversidad de las civilizaciones, se destaca en ellas una cierta unidad de expresión urbana.

No se dejará de considerar el aspecto que le dan a la ciudad los materiales utilizados para su construcción. La ciudad egipcia está hecha de barro, excepto sus templos. La ciudad asirio-caldea es toda entera de barro. La ciudad griega y la ciudad romana son ciudades de piedra. La vivienda privada ha sido a lo largo del tiempo muy descuidada. En nuestra edad media, la piedra servía para la construcción de los edificios públicos, las iglesias y los establecimientos religiosos, las residencias reales y principescas, las casas señoriales, las murallas; pero las simples viviendas estaban hechas en general de madera, yeso o adobe. Recién en el siglo XVI la ciudad comienza verdaderamente a cubrirse de piedra, lo que le da un aspecto monumental de conjunto y ese carácter de perennidad que no ofrecía la ciudad medieval. El ladrillo reemplaza a la piedra en los países donde esta falta. El tiempo del hierro es contemporáneo y con el hormigón armado nuevos aspectos se descubren y nuevas formas nacen, volviendo a poner en valor la masa cúbica y la línea horizontal. Una silueta de calle diferente de aquella que nos es familiar se entrevé venir a lo lejos

CAPÍTULO V

LA COMPOSICIÓN DE LA CIUDAD EN LA ESCUELA DEL PASADO.

FUNCIONES Y ÓRGANOS. EL ROL DEL EDIFICIO – LAS LOCALIZACIONES.

Sobre la base del sitio y del marco geográfico, descansa la composición de la ciudad. Según se encuentre en las alturas, en una llanura, en la margen de un curso de agua o al borde del mar, esta composición varía. Pero ésta debe, en todos los casos, estar subordinada a las direcciones de las rutas que comportan el marco geográfico. Es, en efecto, por las vías terrestres o acuáticas que la ciudad se revitaliza.

La Acrópolis de Atenas se ordena respecto del camino de acceso, adaptándose al resto del terreno. La traza en damero de Alejandría, fundada por Alejandro [Magno], corresponde a la doble dirección este – oeste y norte – sur, marcadas por el mar, al norte, y, al sur, por el Lago Mareotis por donde se realizan las comunicaciones con el Nilo. De todas formas, conviene observar que Amsterdam –que no tiene la regularidad de Alejandría²⁸ y diseña, en el siglo XVII, un abanico donde las ramas convergen hacia el puerto–, se ofrece mejor a la acción vivificante de la vía marítima. Paralelamente, el plan de Wren²⁹ para la reconstrucción de Londres, luego del incendio de 1666, presenta sobre la margen izquierda del Támesis, la posibilidad del London Bridge, que corresponde a una de las grandes direcciones carreteras por las cuales se conecta esta ciudad; una convergencia de calles concebida lógicamente. Está además, la vía fluvial del Orontes que ha servido de base al trazado en damero de Antioquía³⁰, sobre la margen izquierda de ese río.

La determinación de los ejes de la ciudad, en el sentido de las corrientes naturales de circulación general –tales como éstas resultan en el marco geográfico–, es la base del plan. Estos ejes comandan el establecimiento de las redes de calles. Su disposición, las de los órganos por los cuales se ejercen las funciones urbanas: esos son los elementos esenciales del orden dentro de la ciudad. Los efectos del arte deben ser producto de la lógica. Se va a hablar de los planes de embellecimiento. No hay embellecimiento en sí, sino solamente la expresión lógica de un acondicionamiento o de una extensión de la ciudad. Embellecer por embellecer es una noción del arte helenístico-romano, vinculado a la concepción de la ciudadela monárquica o imperial, y que nos ha llegado durante el Renacimiento, detonando en la época clásica. El conjunto de la ciudad representará lógicamente su naturaleza.

El panorama urbano pone en el cielo una nota profundamente expresiva. Yo asocio en mi espíritu la punzada de las torres, de las agujas de las iglesias, los dentados que fragmentan los frontones de las residencias, los rasgos entrecortados, el aspecto combativo de la ciudad del medioevo en las disputas de los lógicos sobre el *Petit-Pont* de París en el siglo XII, o en los combates de argumentos de la *Sorbonne*³¹ que nosotros llamaremos, dentro de la antigua Facultad de Teología –la *Sorbonnique*–, en esa disputa, ese “combate de clases contra clases, de colegas contra colegas”, dentro de la antigua Universidad parisina. Yo me uno a los desafíos, las justas por el honor. Es el combate perpetuo, el combate bajo diversas formas que expresa esta ciudad en las líneas verticales y contraídas detrás de su muralla: combate para rechazar al enemigo, combate para ganar el cielo o alcanzar la verdad, combate para actuar. El hombre,

²⁸ Alejandría: Antigua ciudad ubicada al norte del actual Egipto. Hoy cuenta con casi 4 millones de habitantes.

²⁹ Christopher Wren: Científico y arquitecto inglés del siglo XVII.

³⁰ Antioquía: Antigua ciudad que se localiza en la actual Turquía. Hoy cuenta con 145.000 habitantes.

³¹ Universidad de París, fundada en 1257 como College de Sorbonne.

como la ciudad, nos aparece tensado por la lucha. En esta escalada gótica del cielo, se oponen las líneas calmas de la ciudadela asentada dentro del orden clásico, la superficie redondeada de las cúpulas, el trazo horizontal del Louvre, la altura medida en general de las iglesias, donde uno se siente más cerca de la tierra y de la bóveda celeste, el curso relajado, en París, de sus paseos majestuosos a la plaza de la muralla de antaño; en fin, “la meditación de la obra” encuentra su sucesor en la enseñanza, en las disputas vanas y en el noble orden de un jardín de Le Nôtre, de una tragedia de Racine o de una oración fúnebre de Bossuet.

Una armonía que los antiguos han sabido aprovechar magníficamente, se establece, ya que se reproduce, en el trazado de sus ciudades, el orden mismo de los espacios celestes. El pasado es la escuela por excelencia del urbanismo. Ninguna enseñanza podría ser mejor que lo que reflejen sobre los trazados urbanos las diversas edades que van a pasar delante de nuestros ojos. Pérgamo³² es un modelo de composición de ciudad de altura, correspondiente a cierta edad de la civilización. Gérasa³³, Antinoé³⁴, son ejemplos a tener en cuenta del establecimiento de una ciudad en la ribera de un curso de agua de montaña o de llanura: los dos ejes de éstas, fueron determinados por las direcciones de las rutas, se presentan una paralela al curso de agua y la otra perpendicular. El trazado de la ciudad se organiza en esa dirección y el eje que se recuesta sobre la línea de agua es más importante que aquélla que la cruza. Los procedimientos por los cuales se han obtenido los efectos del arte, dentro de esas dos ciudades, han consistido en cerrar, por un monumento, el campo de visión que recorta la calle rectilínea; también a remarcar, por un motivo decorativo, el punto de cruce de los ejes; a presentar un edificio en el medio de su vía de acceso; a desarrollar la perspectiva de una columnata destinada a satisfacer las necesidades de higiene o de bienestar.

La lección del pasado es la mejor que existe en materia de composición de ciudades. Un perfecto ejemplo de integración a establecer entre un edificio y las calles, nos es dado en París, por el Odeón³⁵, su plaza en hemicírculo y las vías radiales que llegan a él. Esta composición data de los últimos años del antiguo régimen y ha sido concebido para el Teatro Francés. En ese tiempo, también, fueron construidas la Comedia Italiana –en el lugar donde se eleva, en nuestros días, la Ópera Cómica³⁶– y las calles vecinas. Aquí, al contrario, no aparece ninguna preocupación de composición general. Las diversas vías que enmarcan el teatro, no tienen relación con él. Se ha operado una urbanización pura y simple, reservando un lugar para la Comedia, mientras que –en el ejemplo precedente–, se efectúa una urbanización ordenada con relación al teatro, revistiendo la forma de un diseño apropiado a la naturaleza misma de ese edificio.

El edificio público o monumento juega un rol esencial en la composición urbana. Según su propia naturaleza, caracteriza el barrio donde se erige. Él da su alma, el modelo subyacente, ordena más o menos la red viaria. La intensidad de su acción, los efectos que ejerce varía según su destino y también su tiempo. Les Halles³⁷ o el

³² Pérgamo: Antigua ciudad del Asia Menor, ubicada en la actual Turquía. Hoy en ruinas.

³³ Gérasa: Antigua ciudad de Decápolis, ubicada al noroeste de Jordania. Importante ciudad romana, hoy en ruinas.

³⁴ Antinoé: Antigua ciudad del Medio Egipto. Hoy en ruinas.

³⁵ Teatro Odeón: Edificio de 1782 (María Antonieta), reformado en el 2006, ubicado en el Barrio Latino, en el margen izquierdo del Sena.

³⁶ Opéra-Comique: Edificio del siglo XVIII, ubicado en la margen derecha del Sena. Hoy se denomina Teatro Nacional de la Ópera Cómica.

³⁷ Les Halles Centrales: Originalmente, era el principal mercado cubierto de la ciudad. Más recientemente, fue transformado en un gran complejo comercial ubicado en el corazón de París.

mercado principal, una estación, una gran tienda, un gran establecimiento educativo, orientan la circulación del sector. La iglesia jugaba ese rol antaño. Ahora, ella no aparece más que accidentalmente –durante ciertas fiestas o ceremonias religiosas–, como el punto hacia el cual converge la animación de las calles vecinas.

El *Hôtel de Ville*³⁸, en París, no tiene más el marco comercial y popular que había suscitado su establecimiento en ese lugar a mediados del siglo XIV. Ese lugar, donde las vías convergían fluyendo multitudes en los días de fiestas públicas o de ejecuciones sensacionales, está desierto. No tiene vida, es un dato arqueológico puro y simple. Su soledad se despliega en la amplia avenida Victoria, trazada demasiado tarde, bajo Napoleón III, en el eje del edificio. La gente está lejos de ese lugar donde han entrado en tropel, durante jornadas revolucionarias, desde los tiempos de Etienne Marcel, hasta 1871. El destino ruidoso del suburbio Saint-Antoine y el del barrio Saint-Merri [hoy constituyen el área central de París] ya no existen. Es más lejos, en el suburbio rojo, que el cielo está cargado de las pesadas nubes de los motines. Miren el Bazar del *Hôtel de Ville*, en la fachada del edificio, es el que atrae la animación; como los puestos comerciales del Louvre³⁹ dan la nota de vida, al costado del inmenso patio de la antigua residencia real, donde resuenan los pasos de escasos transeúntes, o todavía, de caminantes solitarios que vienen a escuchar las voces del pasado. Es que podríamos invocar la ley de los contrastes en la ciudad, si la palabra ley no fuese desproporcionada en similares observaciones.

Asimismo, uno no puede decir que el Elíseo⁴⁰, donde habita el jefe actual del Estado, produce los efectos comparables a aquéllos del Louvre, en los tiempos donde ese palacio era el lugar de residencia de los últimos Valois y de los primeros Borbones. Paralelamente, la Prefectura⁴¹, en cualquiera de nuestras ciudades de provincia, es insignificante comparada con la Intendencia de los tiempos de Luis XV. Por otra parte, si bien el Palacio Real⁴² continúa caracterizando un barrio de París, ya no genera el movimiento de circulación que atraía, en los tiempos que ofrecía, en el marco de sus galerías, el teatro de la vida parisina. Es ahora un islote desierto en un mar agitado.

El edificio evoluciona como la ciudad. Sus cambios de destino modifican los efectos sobre esta última. El Palacio de Luxemburgo⁴³ no actúa más como en los tiempos donde era el palacio de la reina madre María de Médicis o de su hijo Gastón d'Orléans.

Un edificio puede caracterizar eminentemente un barrio, servir de centro de circulación, sin que por eso sea el elemento determinante de esta última. Es el caso de

³⁸ Hôtel de Ville: Desde el siglo XIV es el Ayuntamiento de París; fue reconstruido en 1870. Se ubica en la margen derecha del Sena.

³⁹ Le Louvre: Palacio ubicado en el corazón y eje histórico de París, existe desde fines del siglo XII. Fue residencia real y, desde el siglo XVIII, es museo abierto al público. A fines de 1800, desaparece el Palacio de las Tullerías y en el sitio de su enclave se construye un parque urbano.

⁴⁰ L'Elysée: Palacio ubicado en la margen derecha del Sena. Es actualmente la Casa de Gobierno de Francia.

⁴¹ En París existen dos edificios de Prefectura: el ubicado en la Isla de la Cité y el emplazado en el borde del Sena, sobre el Bulevar Morland.

⁴² Palais Royal: Palacio real, ubicado al norte del Museo del Louvre. Edificio del siglo XVIII, construido sobre el que había sido el Hôtel de Rambouillet.

⁴³ Palais de Luxembourg: Edificio de principios del siglo XVII (María de Médicis), diseñado por Salomón Brosse. Se ubica en la margen izquierda del Sena. Sus jardines constituyen uno de los grandes parques urbanos de París. Actualmente, es el Senado de Francia.

la Ópera de París⁴⁴: la animación de las calles que la encuadran y de la avenida que conduce a ella, no es causada específicamente por este teatro. Él actúa como una especie de motivo central de decoración en un sistema de vías; como el Arco de Triunfo de l'Étoile⁴⁵, es sólo un punto de perspectiva urbana y el centro de avenidas radiantes.

Así varía el rol del edificio público o del monumento en la ciudad. Un barrio debe a ésta no sólo su formación antigua, sino también su espíritu actual. Es el caso del sector de París vecino a Saint-Germain-des-Prés, que llamamos suburbio Saint-Germain [en el actual Barrio Latino]. Estos lugares derivan, por un lado, de la antigua abadía del mismo nombre y, por otro lado, de la residencia real del Louvre. La población es clerical y reaccionaria, como dije. La personalidad que confiere a un barrio un edificio, por ser cambiante y diversa, resulta una base estable. El Louvre ha devenido un museo; un reflejo de la majestad real no se recuesta sobre este sector del suelo de París. El Luxemburgo no ha dejado de ser un palacio y si el Panteón⁴⁶ no es más la iglesia de la abadía de Sainte-Geneviève, permanece, a su manera, como un lugar de culto sobre el monte que Clovis y Clotilda⁴⁷ han hecho nacer para la vida religiosa y que, más tarde, la Universidad ha marcado con la impronta intelectual. Los conventos que poblaban los bordes del antiguo suburbio Saint-Jacques [en el actual Barrio Latino] han desaparecido; pero el hospital militar de Val-de-Grâce⁴⁸ pone una nota conventual a lo largo de su viejo camino. Es la ciudad revestida de la persistente pátina de épocas pasadas.

El edificio público o el monumento, tanto en personalidad como en localización, por tanto, deben jerarquizar al jefe o autoridad en la composición de la ciudad. No importa dónde se ubica; él tiene su lugar marcado. Sirve para componer la fisonomía urbana. El pasado está lleno de enseñanzas al respecto, sea que busquemos lo que llamaríamos *zoning* natural, para una ciudad que es el producto de la evolución, sea que consideremos cómo ha sido resuelto el problema de las localizaciones en una ciudad creada por piezas. La ciudad egipcia, también la de Caldea y de Asiria, están formadas por grupos constituidos en torno a edificios religiosos o palacios reales. En el orden de la ciudad minoica y de la micénica, la residencia del jefe juega igualmente un gran rol. El *zoning* de Atenas evolucionado nos ofrece la ciudad al pie de la Acrópolis, afectada por los principales templos. Las primeras ciudades griegas han logrado un orden urbano en relación con el mercado y los organismos de la vida cívica. Si de la antigüedad pasamos a la Edad Media, asistimos a la reunión de los habitantes en torno a los establecimientos religiosos. Vemos que, al contrario, en la época contemporánea, se agrupan en la cercanía de la fábrica.

⁴⁴ Opéra de Paris: Palacio Garnier o Palacio de la Ópera Nacional de París. Diseñado a fines del siglo XIX por Toni Garnier, a pedido de Napoleón III. Desde la inauguración del edificio de la Ópera de la Bastilla, la ópera se traslada; actualmente, es la Academia Nacional de Música.

⁴⁵ Arco de Triunfo: Construido a principios del siglo XIX por Napoleón Bonaparte en la Place de l'Etoile (de la Estrella); hoy Plaza Charles de Gaulle. Es considerado monumento nacional y aloja un museo. Se ubica como remate del eje histórico de París, Avenida de los Campos Eliseos, en la encrucijada de grandes avenidas.

⁴⁶ Panthéon: Edificio neoclásico ubicado en el Barrio Latino, construido en 1764. Es monumento nacional porque aloja los cuerpos de personajes ilustres. Originalmente era una Iglesia reconvertida por la Revolución, que luego fue alternando el uso religioso con el laico.

⁴⁷ Clovis I y Sainte Clotilde (siglo VI): La pareja fue objeto de épicas narraciones y la Iglesia de los Apóstoles o de Santa Genoveva fue construida por ellos como mausoleo. Ella fue reina de los francos y aseguró la fe católica en Francia; pasó su larga viudez en retiro espiritual.

⁴⁸ Hôpital Militaire du Val-de-Grâce: Originalmente iglesia (siglo XVII), desde la Revolución Francesa es un hospital.

Tomemos como ejemplo el teatro y observemos su localización en París. El primero que fue construido, el Hôtel de Bourgogne⁴⁹, se encuentra en el populoso barrio de Les Halles, en armonía con el carácter popular de los sobrevivientes medievales, en el siglo XVI, que mantienen sus representaciones teatrales. En el siglo XVIII, mientras que para la Comedia Francesa construimos un imponente edificio sobre la margen izquierda, es decir, en el sector de París que llamamos Universidad; la Ópera y la Comedia Italiana, que se destinan a un público más frívolo o a un medio de lujo, se ubican en la margen derecha, donde se extiende la ciudad propiamente dicha y donde habitan pequeños maestros y financistas. Si la Comedia Francesa se instala luego en la construcción del arquitecto Luis del Palacio Real, es a causa del centro de la vida parisina que constituye su último lugar, al fin del siglo XVIII. Paralelamente, la localización de aquéllos que llamamos los pequeños teatros sobre los Grandes Bulevares, se explica por la animación propia de estas vías.

El *zoning* natural, es decir, el producido por las necesidades orgánicas de una aglomeración en constante evolución, se impone con una fuerza de lógica que no será el pretendido por el *zoning* dictado por el urbanista. Tocamos un punto particularmente importante en urbanismo, donde frecuentemente, se aplican las teorías, sin tener en cuenta las condiciones de existencia de una ciudad. Se habla, corrientemente, de desplazamientos de los centros cívicos o centros de negocios, como si le estuviese permitido a un cirujano desplazar el corazón o el hígado de un enfermo, a fin de curarlo. No existe nada más peligroso, en urbanismo, que querer poner en práctica el Manual del perfecto urbanista. Imaginar que es suficiente, para diseñar un plan de acondicionamiento o de extensión de la ciudad, trazar las líneas en conformidad con los datos de un Tratado de urbanismo, es equivocarse groseramente. El Urbanismo es menos simple que eso; no es solamente un arte, que podemos adquirir en las escuelas de arquitectos, de geómetras o de ingenieros; es ante todo una ciencia, que desafortunadamente no ha tenido todavía su debut.

¿Tocaría uno una ciudad como París, sin tener en cuenta, luego de un minucioso análisis, su estado actual? Y el conocimiento de esto último es inseparable de aquél del estado pasado. Hay que observar los barrios uno a uno, aprovechando la ayuda de los puntos de referencia del pasado, para comprender el sentido de la evolución presente. Están caracterizados por fenómenos de localización que experimentan, como todas las cosas, los efectos del tiempo. A través de la ciudad, de las corrientes naturales, se instituyen normas que el urbanismo debe respetar; él no corregirá aquello que va a encontrar como datos saludables de la vida del cuerpo urbano. El *zoning* natural no lo olvida, es el más lógico, porque corresponde a la vida misma. Las pequeñas industrias que caracterizan la 3ª Circunscripción de París resultan de las franquicias que los oficios disfrutaban en el vasto anexo del Templo, antes de la Revolución. ¿Podrá esta circunscripción desfigurar y trastornar los intereses, simplemente para responder a las vigencias de un *zoning* teórico? ¿No seguiremos, por otra parte, la corriente que lleva el comercio de lujo hacia el este? ¿Y cómo comprender ese movimiento, si uno no lo relaciona a su doble origen: el estiramiento, hacia el este, de la residencia real del Louvre, bajo la forma de las Tullerías prolongadas para los Campos Elíseos que bordean el noble suburbio Saint-Honoré, y la transformación, en 1670, del recinto bastionado de la orilla derecha, en un patio con árboles, llamado a convertir los Grandes Bulevares y que la vida mundana anima en primer lugar, en el siglo XVIII, al este, y luego, después de la Revolución, al oeste, por el lado del Bulevar de los Italianos, en espera que con la continuación de la transformación de París bajo el Segundo Imperio, ella se expanda todavía más hacia el

⁴⁹ Hôtel des Ducs de Bourgogne: Edificio del siglo XIX, ubicado en la zona de Les Halles. Actualmente, un hotel de 3 estrellas.

sol poniente, refulgente de oro? Las calles que se desarrollan desde la línea occidental de los Grandes Bulevares nos aparecen, hacia el fin del siglo XVIII, teñidas de los reflejos de la riqueza a la cual Napoleón III y Hausmann abrirán, con sus trazados grandiosos, un campo ilimitado hacia el Oeste. ¿Uno ignora la personalidad de un edificio como la Bolsa⁵⁰, que data del reinado de Napoleón I, pero cuyos efectos, en este sector de París al cual fue anteriormente anexada, remontan a los tiempos del beneficio de la Ley? El Banco es naturalmente vecino.

Aunque desmembrado por vías como el bulevar Saint-Germain, la calle de Rennes y el bulevar Raspail, el suburbio Saint-Germain [en el Barrio Latino] ha guardado el carácter que debe a sus dos elementos de formación: la abadía de ese nombre⁵¹ y, del otro lado del Sena, el Louvre y las Tullerías, cuya acción ha sido bastante fuerte como para ejercerla a pesar del obstáculo del río. Ese carácter relaciona los recientes inmuebles residenciales del Campo de Marte⁵², con aquellos que pueblan el oeste lujoso de la orilla derecha. Y ahí está, nuevamente, un lado de la fisonomía de París que el urbanista debe tener en cuenta, al mismo tiempo que la diversidad de expresión que él comporta. Esta última no es, hacia el *Bon Marché* [mercado económico]⁵³, la que es hacia la Cámara de Diputados, los Ministerios y las Embajadas, todos los alojamientos de los antiguos hoteles característicos de ese suburbio, ni la que está en los alrededores de Saint-Sulpice⁵⁴, donde no existía la circulación trepidante de hoy, donde uno imaginaría sin pena, en una atmósfera algodónada, impregnada de perfumes de esencias, cómo el perfil borroso de algún devoto o la silueta en negro de un sacerdote se destacan sobre la vidriera de un comercio de objetos de piedad, de libros piadosos, de imaginería religiosa o de vestimentas sacerdotales. Es la iglesia imponente, la iglesia alta erguida que, con el seminario vecino, ha perfilado sobre el suelo esta mancha de sombra quieta que es el barrio Saint-Sulpice [también en el Barrio Latino], primitivamente parroquia rural en los confines entre el campo y la ciudad. Estos rasgos de una evolución natural, que contribuyen a la expresión general de París, bien lejos de ser suprimida por el urbanista, debe servirle de guía. De allí que él no tendrá ningún escrúpulo para hacer desaparecer la verruga que es, al respecto, la Estación d'Orsay⁵⁵.

El edificio público atrae hacia él la circulación. Vean, en el antiguo París, la convergencia natural de las vías cercanas al Palacio [Real], a Notre-Dame, al Hôtel de Ville, con el espacio libre de una plaza instalada delante de estos dos últimos edificios, y también, con un patio dispuesto en el interior del primero [de los tres], a causa del recinto por el que está rodeado. Todo esto es de una lógica perfecta. La plaza o el patio se asocian con el edificio, que sería incompleto si fuera sólo un espacio privado. No hay punto, en ese sentido, como la plaza de la Sorbonne, por ejemplo, que sólo sirve para presentar la iglesia de fondo.

⁵⁰ Bourse de Paris: Se refiere al Palacio Brongniart, de principios del siglo XIX, actualmente, la Bolsa o mercado de valores de París. Edificio situado en la orilla derecha del Sena.

⁵¹ Iglesia Saint-Germain: Iglesia asentada sobre una antigua abadía benedictina del siglo XII, sobre el bulevar del mismo nombre.

⁵² Champs-de-Mars: Actualmente es uno de los grandes parques o jardines urbanos de París, ubicado entre la Torre Eiffel y la Escuela Militar. Hasta 1765 era un campo cultivado. Alojó numerosas exposiciones.

⁵³ Bon Marché: Originalmente, una tienda de novedades. En 1852 fue convertida en una de las grandes tiendas o almacenes de París. Ubicada en el Barrio Latino, sobre la calle Sévres.

⁵⁴ Iglesia Saint-Sulpice: Construida en el siglo XVII, en el terreno ocupado por un antiguo templo románico (siglo XIII).

⁵⁵ Gare d'Orsay: Ex estación ferroviaria (hasta los años '30), actual museo de arte (desde los años '80).

La coordinación de vías en relación con un edificio es una de las reglas de la composición de la ciudad. Wren ha seguido esta regla imaginando, en el plan que él ha diseñado para la reconstrucción de Londres después del incendio de 1666, un radiante de vías en relación a la Bolsa⁵⁶. Pero, luego de la sistematización que ha llevado a acumular en torno a este edificio la Moneda, los orfebres, el Correo, la *Régie*, las aseguradoras, la estrella de calles hechas sin ninguna duda, el punto radial, produce un atasco en la circulación. Un sistema radiante que no esté suficientemente estudiado, entraña peligro todos los días. En cambio, casi todo está resuelto en el proyecto de la Plaza de Francia⁵⁷, concebido bajo el reinado de Enrique IV, para transformar en un barrio de París vastos cultivos hortícolas que se extendían al oeste del actual Bulevar de Las Hijas del Calvario, que formaba entonces el límite exterior de la muralla de esta ciudad. Se propone una plaza en semicírculo, bordeada de siete pabellones afectados al Gran Consejo, que seguían la línea curva de la muralla, abriendo en ese sitio una puerta. Ocho calles que se extienden a lo lejos, convergen en esa plaza. Una traza unifica en torno de aquél nuevo barrio, que procuró, al mismo tiempo, un acceso fácil a la puerta de la ciudad sumado a la plaza que sirve para despejar. Aquí, la puerta de la ciudad es la que suscita la radialidad vial, como lo hace un teatro, la Comedia Francesa, en el emplazamiento actual del Odeón. Ejemplos similares, resultan la puerta de Rodas⁵⁸, en la antigüedad, o Amsterdam; en ambos casos, han determinado el trazado en abanico de las vías urbanas –todos puntos donde confluyen las corrientes más o menos importantes de circulación. Unidad lograda, facilidad de comunicación, ausencia de embotellamiento en el animado sitio que es una puerta de la muralla: tales son las ventajas del trazado lógico de la Plaza de Francia. Desde la denominación de la plaza y de sus calles radiales –que llevan los nombres de las provincias francesas–, en adelante, es que han sido excelentemente concebidas, ya que ellas armonizan con la traza. La sola reserva a formular apunta a la localización del Gran Consejo en este extremo de París. En efecto, fallaríamos si caracterizáramos el lugar por una localización, pero no como órgano gubernamental. Es fácil de imaginar cuánto se habrá cuestionado, en estos tiempos de similares desplazamientos, bajo el mismo reinado, el traslado de la Bolsa embrionaria de entonces, desde el Palacio donde se encontraba hasta la Plaza Real o de los Vosgos⁵⁹, donde ella no perduraría. Tampoco emigra a la plaza Dauphine⁶⁰, igualmente contemporánea de Henri IV, porque ella estaba unida a la vida del Palacio. Esto muestra al urbanista aquello que debe ser atendido y que llamo *zoning* natural y cuando él debe ser considerado como *zoning* dogmático.

He definido precedentemente, en el plan de la ciudad, la línea curva de una traza de desarrollo. Es decir, no es un trazado de calle propiamente dicho. Nada está mejor indicado, en una composición urbana, que transforma una muralla desafectada, de forma circular, en un trayecto donde las líneas de árboles recortan las alamedas sombreadas. De hecho, es así que hemos tratado corrientemente esta clase de murallas, desde el siglo XVII. Los Grandes Bulevares, en París, no tienen más origen que un paseo, suerte de alivio aportado, en 1670, en la nota defensiva de la muralla, sobre

⁵⁶ London Stock Exchange: Bolsa de valores de Londres. En las proximidades de la Catedral de San Pablo.

⁵⁷ Boulevard des Filles-du-Calvaire: Bulevar ubicado en el margen derecho del Sena, que se extiende entre la plaza de la Bastilla y la plaza de la República.

⁵⁸ Rodas: Antigua ciudad del archipiélago griego del Dodecaneso, en el Mar Egeo. Actualmente, tiene 200.000 habitantes y es la capital de la isla del mismo nombre.

⁵⁹ Place des Vosges: Ubicada en el barrio Marais, al oeste del Boulevard des Filles-du-Calvaire. Construida en el siglo XVII.

⁶⁰ Place Dauphine (Delfina): Ubicada en un extremo de la Île de France, entre el Pont-Neuf y el Palacio de Justicia. Es de fines del siglo XVI.

la orilla izquierda. El Plan de esta ciudad, diseñado por Blondel y Bullet⁶¹ en 1675, contiene un proyecto que se compara a este paseo y que es, para el urbanista, un verdadero modelo de *park system*, muy anterior a estos que puede ofrecer las ciudades de los Estados Unidos: las rotondas, de distancia en distancia, en otra una plaza octogonal, en el encuentro de la calle Richelieu y el Bulevar se rompe el alineamiento de los paseos arbolados, obligando a seguir sus contornos. Hay un ordenamiento general muy agraciado, que procura centros radiantes de calles y, por la disposición de estas plazas en los puentes donde el bulevar cambia de dirección, se alivia este cambio, ya que una continuidad pura y simple del trazado, implicaría generar ángulos más o menos agudos y quiebres tajantes y violentos. Este *park system* tiene su plenitud en la encrucijada de los Campos Elíseos, formando una avenida mediana: la actual *Avenue des Champs-Élysées*, acompañada por otras dos avenidas: una, el *Cours-la-Reine* [Paseo de la Reina], y otra, proyectada al costado del suburbio Saint-Honoré. Una vasta explanada se ensancha en herradura hacia los Campos Elíseos y se abre, por otra parte, hacia la herradura por la cual termina el Jardín de las Tullerías. Existe respecto de la gran arboleda de ese jardín y en el pabellón central del Castillo de las Tullerías, una larga perspectiva hacia la loma de l'Étoile, cumbre de los Champs-Élysées. Es un incomparable trazado urbano de espacios libres.

Las localizaciones, en la composición de la ciudad, deben ser estudiadas de cerca. Un trazado majestuoso como el que representan los Campos Elíseos no podría haber nacido sino de la prolongación de la morada real. Pero la ciudad, siendo un ser vivo, no deja de evolucionar. Semejante localización en el presente lo fue antes en otra parte o lo será mañana. Componer una ciudad de acuerdo con el rígido cuadro del dogmatismo, es dejarse llevar por un puro y simple ejercicio académico. La vida urbana no se acomoda a semejante rigor. Ella exige una composición lo suficientemente flexible para prestarse a los cambios que implica el permanente pasar de los seres y de las cosas. La ciudad que se forma naturalmente debe ofrecerle una lección constante al urbanista: el órgano se bosqueja al mismo tiempo que la función: una huella, que se convertirá en calle, se traza debajo de los pasos de los hombres; una encrucijada, que se transformará en una plaza urbana, se esboza en el encuentro de muchos caminos; servirá de lugar de intercambio, de mercado, esperando que una galería cubierta o un gran local de abrigo a los comerciantes, compradores y mercaderías; los objetos del comercio se negocian en ese centro de negocios y de novedades que, en París, es el palacio, antes que un edificio especial, la Bolsa, se levante para la negociación de las cosas públicas; el teatro nace, en la edad media, en la iglesia; él anima, hacia fines del siglo XVI y en el siglo XVII, el juego de paleta antes de establecerse en edificios construidos para su uso específico; los colegios, cuyos edificios han obstruido la ladera de la montaña de Sainte-Geneviève, a partir de la mitad del siglo XIII, nacieron en el siglo anterior en una sala del *Hôtel-Dieu* [Residencia de Dios]⁶². Un cerco sagrado, un simple altar o el santuario del palacio, he ahí, en la ciudad minoica y en la ciudad micénica, el lugar del culto, que en la ciudad griega tendrá el aspecto majestuoso del templo. El teatro, Atenas, crece como una flor al pie de la Acrópolis, antes de ser objeto de una construcción específica.

Los órganos, como en el cuerpo humano, se localizan así naturalmente, siguiendo las necesidades que ellos deben satisfacer. Su forma evolucionada corresponde a la fijación que le da un edificio especial. Pero su evolución no tiene fin. La plaza, por

⁶¹ François Blondel y Pierre Bullet, arquitectos y teóricos franceses del siglo XVII, que elaboraron un plan urbano para la ciudad de París (1616).

⁶² El hospital más antiguo de París. Con el nombre de "Residencia de Dios" se designaba antiguamente a los hospitales en las ciudades francesas.

ejemplo, en las grandes ciudades de nuestros días, ha dejado de ser el lugar de estacionamiento que era orgánicamente. Se ha convertido, por el contrario, en una confluencia de circulación peligrosa de atravesar, a causa de los flujos circulatorios que crecen. Y como la apariencia de las cosas no influyen sobre el fondo, es todo un modo de vida social que ha desaparecido: se terminó el tiempo de vagar por las calles, de encontrarse con un grupo para intercambiar novedades, de reunirse en la fuente o en torno de cualquier cantor o titiritero delante de los escaparates de los comerciantes; se terminó el tiempo del ágora, del foro y de la plaza pública donde latía el corazón de la ciudad de antaño. ¿Reconocemos hoy en la plaza Maubert⁶³ aquella que una pintura de Jeaurat⁶⁴ representa, a mediados del siglo XVIII, con su alta fuente cerca de la cual el cantante de cánticos ha levantado su imagen piadosa, mientras que al lado se disemina la animación de un pequeño mercado al aire libre?

La forma influye en la profundidad. No hay más que observar los efectos sociales del establecimiento de una calle con columnatas, tal como la que describió Libanio⁶⁵, para Antioquía, en el siglo IV de nuestra era, o también aquellos que ha producido la construcción, hacia fines del siglo XVIII, de las galerías del palacio real devenido desde entonces por medio siglo el centro de la vida parisina. Es porque el *Pont-Neuf* se ofrece, al comienzo del siglo XVII, sin el contorno de casas que apuntalan los otros puentes de París y teniendo, en su reemplazo, las veredas y parapetos, que atrae a la población parisina, devino en un lugar de paseo, de distracción y animación popular, revela además a los contemporáneos de Luis XIII y de Luis XIV, por la admirable vista que ofrece de la belleza de la ciudad. Y si, en el curso del mismo siglo, el extremo oriental de la isla de Saint-Louis es un paseo frecuentado, es causa del muelle que bordea la isla y desde donde se domina el paisaje animado del Sena, río arriba de París. Es necesario sacar provecho, en la composición de la ciudad, de las bellezas de la naturaleza o de las obras grandiosas de los hombres. Una parte de Ginebra se ordena en relación con la vista del *Mont-Blanc*. ¿Y qué no podría conseguir, como efecto estético, para el Cairo con las pirámides y la esfinge que se levantan sobre la margen derecha del Nilo, frente a la ciudad?

El alumbrado nocturno de las columnatas de Antioquía no dejó de producir su efecto, al decir de Libanio, sobre la población de esta ciudad, y podemos pensar las análogas consecuencias producidas por el alumbrado a gas -luego a electricidad-, en nuestras ciudades contemporáneas. En la composición de la ciudad deben intervenir similares consideraciones, lo mismo que aquéllas que inspiran el aumento de la solidaridad social, ante el progreso de la ciencia y de la técnica y que se manifiesta particularmente en el establecimiento de la calefacción urbana y en el ajuste de los servicios públicos de transporte en común y de provisión de agua, de gas y de electricidad.

En lo que concierne al aprovisionamiento de agua, por ejemplo, se señalan las etapas que corresponden a la evolución urbana: primitivamente, se busca el agua en la ribera o en una vertiente, o bien se extrae de un pozo; la fuente, a continuación, realiza un primer progreso: es muy simple, reviste un aspecto monumental y forma parte de la decoración urbana; pero como consecuencia de la provisión de agua a domicilio, no es más un motivo decorativo en la ciudad. La fuente, luego de haber jugado un rol esencial en correspondencia a las necesidades del momento, ya no es un objeto en la ciudad. Lógicamente, ella deberá desaparecer de tal lugar. Es un

⁶³ Place Maubert: pequeña plaza ubicada sobre el Bulevar Saint-Germain (Barrio Latino), en el área central de París, en la orilla izquierda.

⁶⁴ Etienne Jeaurat, pintor francés del siglo XVIII.

⁶⁵ Libanio, sofista y profesor de retórica de habla griega, nacido en Antioquía (aproximadamente en el siglo IV).

órgano que ha subsistido después de la desaparición de la función para la que había nacido. Su evolución ha llevado, pues, su misma naturaleza; ella ha llevado también su forma, que ha variado independientemente de su propia naturaleza. Esta forma, en efecto, está bien diferenciada, si consideramos, por un lado, la fuente de Callirrhoe, en Atenas, y, por otro lado, la ninfa de una ciudad helenística-romana o si, en París, uno mira la fuente de Maubée⁶⁶, la de los Inocentes⁶⁷, obra de Jean Goujon⁶⁸, o la de la calle Grenelle⁶⁹, obra de Bouchardon⁷⁰. O, en todos esos casos diferentes, la fuente cumple su oficio propio pero, en última instancia, se añade, tanto en la ninfa como las fuentes de los Inocentes y de la calle Grenelle, un dato de embellecimiento urbano, y esto es lo que ha causado el cambio de forma que hemos observado. Esta evolución general de un monumento urbano comporta una lección para el urbanista que se preocupa por la composición de una ciudad.

En esa composición, los elementos de nacimiento y de crecimiento de la ciudad juegan su rol. Los segundos se distinguen de los primeros. El elemento de nacimiento de Nîmes⁷¹ era una vertiente, el de Saint-Denis⁷² un lugar de culto, el de París la isla extendida a lo largo del Sena [l'Île de la Cité], en el punto donde una gran camino terrestre cruza el río. Los elementos esenciales de crecimiento de esta última ciudadela están en la elevación al rango de capital logrado por Clovis [506 d.C.] y en el mercado establecido, en el siglo XI, sobre la plaza de Grève (plaza actual del Hôtel-de-Ville), que ha hecho de la ribera derecha la ciudad propiamente dicha o la sede de negocios; también son la residencia real cuya acción se ha manifestado sobre todo sobre esta ribera, y la Universidad, a la cual la ribera izquierda debe su carácter. París está ordenada respecto de sus diversos elementos: estos deben su nacimiento al establecimiento de Notre-Dame [la Catedral] y del Palacio⁷³ en las dos extremidades de l'Île de la Cité; la residencia real ha orientado su desarrollo hacia el oeste, sobre las dos orillas del Sena, mientras que la mancha comercial se extendía del río a la parte central de la ribera derecha. El carácter educativo de la ribera izquierda se oponía al que se dio en la ribera derecha.

Es la composición natural de la ciudad, bajo los efectos de necesidades específicas que encuentran su expresión en su orden lógico. Las principales calles son naturalmente aquellas que, del centro, conducen a cada una de las puertas de la muralla, donde un camino reúne por fuera, sobre sus bordes, los elementos más o menos importantes de un suburbio y se pierde en el horizonte. Este camino, por él mismo, a veces, ha creado el suburbio, pero otras veces, su acción en este aspecto ha sido sensiblemente menor; por ejemplo, en el caso de un establecimiento religioso

⁶⁶ Fuente de Maubée: Ubicada en el cruce de las calles Venise y Saint-Martin, en la ribera derecha del Sena.

⁶⁷ Fuente de los Inocentes: Ubicada en una de las plazas del área peatonal de París (Les Halles), en el cruce de las calles Saint-Denis y Berger. Fue construida en el siglo XVI por Goujon, sobre un viejo cementerio.

⁶⁸ Jean Goujon, escultor y arquitecto francés del siglo XVI.

⁶⁹ Fuente de las Cuatro Estaciones: Ubicada sobre la calle Grenelle (Barrio Latino), fue construida por Bouchardon, en el siglo XVIII.

⁷⁰ Edmé Bouchardon, escultor francés del siglo XVIII.

⁷¹ Nîmes: Ciudad del sur de Francia. Surgió como antiguo asentamiento galo, luego ocupada por los romanos. Hoy cuenta con más de 100.000 habitantes.

⁷² Saint-Denis: Comuna francesa próxima a París, muy antigua (siglo II d.C.). Hoy cuenta con casi 100.000 habitantes. Surgió como destino de peregrinaje, al sitio en donde se enterró a Saint-Denis, patrono de Francia.

⁷³ Palais de la Cité: Fue la residencia y sede de poder de los reyes de Francia (siglos X a XIV), y a partir de allí, fue transformado en Prisión (la Consièrgerie o Conserjería). Aloja la Santa Capilla, otro edificio histórico. Durante la Revolución de 1789, un sector fue transformado en el Palacio de Justicia.

como Saint-Germain-de-Prés, a quien principalmente se debe la creación del suburbio de este nombre, en París.

Entre estas calles principales, aquellas que corresponden a los ejes de formación de la ciudad tienen una importancia particular: así, para París, las calles Saint-Denis, Saint-Martin y Saint-Jacques, en el sentido de la vía terrestre norte-sur de la encrucijada formativa y las calles Saint-Antoine y Saint-Honoré, en el sentido de la vía fluvial este-oeste de esta misma encrucijada.

Para las rutas principales, se establece la circulación general, cuya importancia puede deducirse del carácter de los caminos que prolongan estas calles más allá de las murallas, y este carácter, en su contorno, nos es revelado por la determinación de los lugares más o menos lejanos adonde llevan estos caminos y los intercambios materiales o inmateriales a los cuales ellos sirven. La calle lleva a otro lado su carácter propio, que ha podido cambiar en el correr de los años. Así, en París, la calle Saint-Denis, cuando aparece en el siglo XII, es la vía por la cual se ejercen, sobre la capital real, las influencias morales de la abadía de este nombre, lugar de peregrinaje, centro intelectual y artístico. Además, en ese mismo siglo, el mercado de París había sido transferido de la plaza Grève al emplazamiento de los Mercados Centrales actuales [Les Halles]-, es decir, el largo de la calle Saint-Denis-, esta última estirará su carácter de vía mercantil por excelencia de París. El va y viene que se establece sobre su recorrido está, desde entonces, ante todo orden material. La calle Saint-Jacques ha sido así bautizada, a causa de que ella correspondía al gran camino dirigido al célebre peregrinaje de Saint-Jacques-de-Compostelle. Ella ha devenido, de tener los colegios localizados sobre sus bordes, una vía educativa, la gran arteria de la Universidad, un lugar donde sus imprenteros y libreros han acentuado la fisonomía típica. Es la docta calle Saint-Jacques, que con el establecimiento de los conventos, en el siglo XVII, a lo largo del suburbio que la prolonga, se teñirá con una nota mística. Los aportes de un camino, en cambio, van a cambiar el carácter de una calle y los rasgos de la fisonomía urbana.

Las corrientes de peregrinaje y de las cruzadas han revitalizado calles como las calles Saint-Martin, Saint-Denis, Saint-Antoine y Saint Jacques. Las influencias flamencas son ejercidas por la calle Saint-Denis, las de España, en los siglos XVI y XVII, y que son perceptibles desde el punto de vista de la religión y de la literatura, por la calle Saint-Jacques. El conjunto de las influencias mediterráneas y orientales sobre París se vinculan esencialmente con sus cuatro vías: las calles Saint-Jacques, de la Montagne-Sainte-Genève y Saint-Antoine y el Sena, río arriba. Era por estas cuatro vías que Italia alcanza París. La calle de la Montagne-Sainte-Genève, que ha jugado un gran rol en la introducción del cristianismo dentro de esta ciudad, ha tenido para ella, lo mismo que el primitivo camino que lleva de la Île de la Cité a Saint-Denis, el carácter de una vía sagrada. Era por la calle Saint-Denis que el nuevo rey hizo, después de su coronación, su entrada solemne en la capital del reino.

Las principales corrientes de circulación de la ciudad se establecieron de norte a sur y también, en el sentido del curso del Sena, es decir, de este a oeste, lo que puede servir para explicar que las puertas de entrada de aspecto triunfal, en los tiempos de Luis XIV, se elevan solamente al norte: puertas Saint-Antoine, sobre la orilla derecha, y Saint-Bernard, sobre la orilla izquierda, ninguna de las cuales existen en estos días. Por otro lado, de las dos puertas del norte, la más decorativa es la puerta Saint-Denis, que correspondía a una vía más importante que ésta, que desembocaba en la puerta Saint-Martin.

La circulación urbana comprende, además de la circulación general, la circulación local, donde el barrio al cual pertenecen las calles unen aisladamente entre ellas dos o tres vías principales, lo que vuelve aparente la estrechez del movimiento, si lo

oponemos al que expresa la traza de las arterias dirigidas a las puertas de la muralla. Calles, paseos, jardines privados, cruces, plazas de iglesias, lugares para mercados, generan vacíos entre los llenos de la ciudad. Se añade, en los tiempos clásicos, las formas regulares de los lugares edificados: plazas de los Vosgos y Dauphine, en el París de Enrique IV, plazas de las Victoires y Vendôme, bajo Luis XIV, plaza de la Concorde, bajo Luis XV; también las de los jardines públicos: jardines des Tuilleries, desde fines del siglo XVI, de Luxembourg, del Palais-Royal y de las Plantes en el siglo XVII, las del paseo Tours-la-Reine, bajo la regencia de María de Médicis, y los paseos de los Bulevares, que datan de 1670. Y estas diversas creaciones encuentran su explicación en la edad de ese gran cuerpo viviente que es la ciudad. La más antigua plaza creada, en París, la de los Vosgos, ha estado en la orilla derecha donde el rey no había residido por más de medio siglo y donde la radialidad de la estancia real no había tenido tiempo, todavía, de apagarse; la plaza Dauphine no es más que la unión entre el Pont-Neuf, que viene de ser construido, y el Palacio [Real]; por el contrario, las plazas siguientes han sido edificadas sobre la orilla derecha, al costado de donde se diseñaron la nueva residencia del monarca en la ciudad capital: el Louvre y las Tuilleries. El paseo público, como nota mundana, ha nacido en este último lugar, en el jardín mismo del soberano. Y si el recorrido de los Paseos, donde se expuso el lujo naciente de las carrozas, ha perdido, en los tiempos de Luis XIII, su centelleo entre las alamedas del Cours-la-Reine, es a causa de la proximidad de la residencia real.

Así se expresa la ciudad en su composición natural y artificial. Debemos tocar con precaución su organismo, no olvidando que estamos en presencia de un ser viviente. No será un urbanista verdadero si no entiende el sentido de esta vida. No podremos así plantear las preguntas en la forma que deben ser hechas. Observaremos, por ejemplo, lo que concierne a París; se actúa mucho menos por un problema de acondicionamiento que por un problema de extensión. La distancia es un fenómeno esencialmente variable. A mitad del siglo XIV, se juzgaba el sector de París situado entre la plaza Baudoyer⁷⁴ y la Bastilla⁷⁵, como alejado del Châtelet⁷⁶. En el debut del mismo siglo, las Carmelitas, establecidas cerca del Sena, al lado del Bulevar Enrique IV actual, se compadecen de estar a una distancia tal de las escuelas, es decir, de la porción de la orilla izquierda ligada a la salida del Petit-Pont, que no pueden frecuentarlos sino a costa de gran esfuerzo. Así, el rey las trasladó e instaló al costado de la Plaza Maubert [en el Barrio Latino]. Semejante hecho refleja toda la significación de la expresión "estacionario y residente", que es útil para designar al París burgués, en los tiempos de Philippe Auguste. Vemos por allá los lazos estrechos que vincula a los ciudadanos con el suelo urbano. Pero esos vínculos van desapareciendo con los años. Las comunicaciones, devenidas más fáciles, han acercado a los hombres. Los lugares que, hace un siglo, es decir, en los tiempos donde han sido creados los primeros medios de transporte colectivos en París, aparecían con rasgos campestres, en la periferia exterior de la ciudadela, se han transformado en los barrios sencillos de la

⁷⁴ Place Baudoyer: pequeña plaza ubicada sobre la rue de Rivoli, en el área central de París, en la orilla derecha del Sena.

⁷⁵ Place de la Bastille: sitio originalmente ocupado por un castillo que defendía la entrada a uno de los puentes de ingreso a la Île de la Cité; ese edificio fue cambiando de uso hasta convertirse en célebre prisión, y finalmente, fue demolido. Allí se construyó una plaza del mismo nombre. Se ubica en el corazón de París, en la encrucijada formada por importantes avenidas y bulevares; entre ellas, la rue de Rivoli, la rue Saint-Antoine y la Avenida Enrique IV.

⁷⁶ Le Châtelet: sitio originalmente ocupado por un castillo que defendía la entrada a otro de los puentes de ingreso a la Île de la Cité; ese edificio fue demolido por Napoleón y luego fue construida una plaza que lleva el mismo nombre. Actualmente aloja, además, una de las estaciones del Metro más importantes. Se ubica en el corazón de París, sobre la rue de Rivoli.

ciudad, mientras los campos han retrocedido mucho hacia la lejanía. Aquello que era juzgado entonces como alejado, es considerado como más próximo. La misma ciudad ha salido de los límites del departamento del Sena. Habitamos, en los departamentos vecinos, en localices que son como la prolongación de París y de donde vienen cada día, a esta ciudad, para cumplir con sus tareas laborales en alguna oficina, comercio o taller. De todas formas, si París ha traspasado no sólo el marco urbano, sino también el marco departamental, uno y otro continúan existiendo administrativamente, como si esta ciudad no hubiera cambiado después del tiempo en que nació, con la Revolución, el régimen contemporáneo. Traspasados ya en efecto, los viejos marcos deberían modificarse jurídicamente. La supresión de las fortificaciones –hecho inmenso, si uno imagina que París, después de la época romana baja, todos los días se rodeaba de un nuevo recinto o muralla– debe producir todos sus efectos. Añadida a la desafectación de los fuertes de la segunda línea, ella deja el campo libre para constituir en un solo organismo la ciudad y sus afueras.

Después, va a introducirse en la causa misma de la situación actual, debida a la afluencia de los seres y cosas en un centro como tal. Esta convergencia hacia París es el destino propio de esta ciudad, capital de la nación, una de las más centralizadas que existen. Porque constituye el punto de irradiación para las rutas y los ferrocarriles de Francia; porque también, por el Sena y los canales, resulta el puerto francés más importante; en fin, por la preeminencia intelectual, comercial e industrial que esta ciudad ejerce sobre el conjunto del país. Querer oponerse a esta corriente y trabarla, mediante simples medidas administrativas –el éxodo rural, por ejemplo–, sería hacer vanos esfuerzos. Podría, para obtener un resultado semejante, industrializarse los campos. Del estado de cosas ineluctables que vengo de señalar, fluyen los atascos de París, la lepra de los tugurios, la monstruosa excrescencia de la *banlieue rouge*⁷⁷. Tallar en lo vivo equivaldría a destruir una parte notable de París y de sus afueras. Todo se opone a una operación parecida.

Los progresos de la ciencia han contribuido a agrandar desmesuradamente a París. Estos mismos progresos, aplicados a los medios de transporte, deben servir para descongestionar esta ciudad. No se trata de concebir algo bastante lejos de París y no pasar luego sus puertas, como hemos hecho, para el proyecto de una aglomeración, en La Courneuve⁷⁸: muchas ciudades satélites sobre un suelo rural donde la traza viaria y las diversas reformas urbanas precedían a la cesión de parcelas de tierra a edificar. Las servidumbres eran impuestas a los adquirentes de estos lotes, lo mismo que otros ponían el campo circunvecino al abrigo del peligro de las construcciones parásitas. Entre estas ciudades-satélite y París, se producirían acciones y reacciones que habrían de equilibrar, para el juego de las fuerzas naturales, las necesidades que satisfacen las funciones urbanas.

⁷⁷ Banlieue rouge: suburbios rojos, también conocidos como el “cinturón rojo de París”. Se llamó así al conjunto de localidades o comunas de la aglomeración parisina, hegemonizadas por el Partido Comunista, a principios del siglo XX.

⁷⁸ La Courneuve: Localidad de la aglomeración de París, ubicada al noreste. Posee un alto porcentaje de conjuntos de vivienda pública y población inmigrante o descendiente de ellos. En el siglo XIX se encontraba muy industrializada y estaba atravesada por numerosas trazas e instalaciones ferroviarias.

También siguen esa lógica las reformas de los sectores de la *Banlieue Sur*, donde está Sceaux⁷⁹, en la base de la *Cité Universitaire* que, en el límite de París, se corresponde con el eje de la ciudad educativa de la orilla izquierda del Sena. Paralelamente, la lógica impondrá nuevas fórmulas, en reemplazo de las del pasado, que están perimidas. La puerta de la ciudad no tiene razón de ser si la ciudad está munida de una defensa o provista de una valla de *octroi*⁸⁰. Todo, en la composición urbana, debe expresar lo más aproximado a la vida misma del ser colectivo que es la ciudad.

⁷⁹ Sceaux: Localidad de la aglomeración de París, ubicada al sur. Se encuentran en ella un gran parque urbano y el castillo del mismo nombre, además de una Ciudad Universitaria. Posee además, desde 1846, una estación ferroviaria que hoy pertenece a la red de trenes de cercanías (RER).

⁸⁰ Octroi: tasa que se cobraba en las puertas de la ciudad o en los caminos de acceso para permitir el ingreso de las mercaderías.